

Luciano Tomassini

LA POLITICA INTERNACIONAL
DESPUES DEL MURO

*"En la casa de mi padre hay muchas moradas",
Juan, 14,2*

*"Hay más cosas en el cielo y en la tierra,
Horacio, que las que puede concebir tu filosofía",
Hamlet*

*"Gracias quiero dar al divino
Laberinto de los efectos y las causas
Por la diversidad de las criaturas
Que forman este singular universo"
J. L. Borges*

La necesidad de nuevos mapas cognitivos

En un artículo periodístico preparado en respuesta a otras publicaciones sobre el tema yo sostenía que lo que necesitábamos para comprender la última parte del siglo XX es un nuevo mapa cognitivo e incluso un nuevo método para dibujarlo.¹

En el estudio de las relaciones internacionales la reflexión teórica tiende a ser estimada redundante, pues todo analista que se considera bien formado cree tener claras las premisas que guían la investigación empírica, o bien simplemente irrelevante pues en definitiva el conocimiento de la realidad internacional dependería sólo de esta última. El hecho de que cuando este tipo de reflexión se da, suela ser controversial, es otro motivo para no incurrir en ella. Esas motivaciones son erróneas pues tales premisas no siempre son claras o, lo que es peor, pueden estar equivocadas y, por lo tanto, distorsionar la visión del observador. El papel de dicha reflexión consiste en cuestionar y clarificar esas premisas, lo cual da lugar por definición al surgimiento de distintas perspectivas teóricas, por lo que en este campo el temor a la controversia es improcedente. El avance del conocimiento o de la ciencia no depende

¹El Mercurio, Santiago, 5 de Diciembre de 1989.

de la mera acumulación de hechos, sino de una interpretación adecuada de los mismos, y ésta a su vez depende de la elección de una perspectiva epistemológica correcta. Dada la inextricable relación que en los asuntos vinculados con el comportamiento humano se da entre la subjetividad del analista y la realidad objetiva que éste observa, esas perspectivas dependen fuertemente de las circunstancias culturales e históricas desde las cuales el observador interpreta la realidad que lo rodea, por lo que la formulación de las mismas y la elección de una de ellas es generalmente materia de competencia o controversia. Este ensayo pretende, precisamente, controvertir la corriente neorrealista considerada como la escuela predominante en el estudio de las relaciones internacionales.²

Lord Keynes decía que detrás de todo hombre práctico hay un pensador difunto. Mario Bunge notaba que "aquellos que tratan de ignorar la filosofía sólo han logrado volver a inventarla".³ Otros autores consideran que este tipo de reflexión "es demasiado importante para darlo por garantizado y forma parte demasiado estrecha de nuestros proyectos de investigación para dejar que sólo los filósofos se ocupen de ella".⁴ En la introducción al libro anteriormente mencionado, yo mismo señalaba que teoría y práctica "son inseparables: la primera no es sino una forma racional de comprender y orientar la acción", la cual a su vez necesita ser dirigida por la teoría. Más adelante agregaba que, por constituir una disciplina nueva dentro del campo de las ciencias sociales, los estudios internacionales se han visto con frecuencia afectados por "la ausencia de teoría, esto es, de una visión lo suficientemente general acerca de la estructura de los fenómenos que comprende la política internacional como para poder analizar sus diversas concatenaciones, aunque para ello fuere necesario echar mano de distintas perspectivas". Y otro autor declara que los especialistas en relaciones internacionales "demuestran

² Este ensayo pretende profundizar esta problemática a partir del punto en que la dejó el capítulo segundo de mi libro Teoría y Práctica de la Política Internacional, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1989.

³ M. Bunge, Epistemology and Methodology: Understanding the World, Boston, Reidel Publishing Co., 1983.

⁴ D. W. Fiske y R. A. Schweder (Ed.) Metatheory in Social Sciences, Chicago, University of Chicago Press, 1986, p. 3.

cierto orgullo frente a su inmunidad a las reflexiones teóricas y filosóficas".⁵

Sostenemos que en el período más reciente el análisis de las relaciones internacionales ha estado enmarcado dentro de una camisa de fuerza teórica confeccionada con diferentes materiales, cuyo común denominador radica en una corriente neorrealista definida en términos más o menos vagos, pero dotada de contornos, restricciones y énfasis bastante definidos. Que esa corriente no ha sido capaz de incorporar los cuestionamientos e ideas aportados a las ciencias sociales -ya con algún retraso en comparación con otros ámbitos de la cultura contemporánea- por las perspectivas epistemológicas postmodernistas y postestructuralistas. Que la corriente neorrealista incluso revela una lectura reduccionista y rígida del realismo clásico, que pretende prolongar, basada en un reforzamiento antihistórico de la "jaula de hierro" racionalista a que condujo una de las vertientes de la modernidad según Max Weber. Y que esta camisa de fuerza teórica ha hecho cada vez más difícil captar la cambiante realidad internacional contemporánea, que ha producido esquemas interpretativos cada vez más desfasados de la experiencia histórica, que por eso no ha sido capaz de anticipar los principales acontecimientos actuales, y que para volver a capturarla será necesario cuestionar o desconstruir las premisas en que se basa ese modelo.

Sin embargo, poniendo una nota de optimismo, sostenemos también que ese cuestionamiento se ha iniciado y que incluso está implícito en varias de las vertientes que integran la corriente neorrealista, particularmente a través de lo que se ha dado en llamar "el tercer debate". Se refiere esta expresión al hecho de que al debate explícitamente político entre realistas e idealistas después de la primera guerra mundial, y a la enconada controversia académica entre tradicionalistas y científicos después de la segunda, a partir de los años setenta se inició un tercer debate entre los continuadores del realismo tradicionalista y los que trataban de reflejar en sus análisis el surgimiento de un sistema internacional más complejo, fluido, interdependiente, transnacional y pluralista.

⁵Ver L. Tomassini, op. cit., pp. 21 y 57-58, así como también R. B. J. Walker, "The Prince & The Pauper", en J. Der Derian y M. J. Shapiro (editores), International/Intertextual Relations: Postmodern Readings of World Politics, Lexington Books, 1989, p. 28.

Para cuestionar seriamente el monismo Estado-céntrico que inspiró durante los últimos decenios la visión del sistema internacional como consecuencia del exagerado racionalismo en que cayeron los continuadores de la escuela clásica, y sobre todo para proponer alternativas teóricas que hicieran posible una comprensión más adecuada de la actual realidad internacional contemporánea, las distintas posiciones vagamente agrupadas dentro de la corriente neorrealista hubieran debido poseer una mayor claridad y coherencia epistemológica. Por carecer de ella, el neorrealismo combina en forma contradictoria percepciones que tratan de dar cuenta de la amplitud y complejidad de los factores no tradicionales que actualmente intervienen en el escenario internacional, con la tradicional deferencia frente a los poderes establecidos, al Estado como único actor en la vida internacional y a la necesidad de que uno de ellos ejerza un rol hegemónico como condición necesaria para la estabilidad del sistema; apela a la autoridad de los grandes analistas clásicos de quienes dice ser heredero; y se esfuerza por vestir el pensamiento de esas figuras con un ropaje a la moda de corte científico y estructuralista, sin comprender ni aplicar todas las implicaciones de este enfoque epistemológico, y limitándose a exagerar su reduccionismo racionalista y antihistórico. Por eso este ensayo se centra en el compromiso epistemológico, heterogéneo y oportunista, insuficientemente explicitado por la corriente neorrealista, para enjuiciarlo a la luz de los enfoques postmodernistas, postestructuralistas y pluralistas que han ganado tanta influencia en la cultura actual, están modificando las bases científicas del conocimiento, y comienzan a hacerse presente en otros campos de las ciencias sociales.⁶

Considerando que la inscripción de América Latina en el mundo moderno occidental a través de la cultura hispánica fue por definición marginal, incompleta y ecléctica, y que tuvo lugar dentro de un cuadro muy marcado de diferenciación geográfica y mestizaje cultural, el cuestionamiento de esa visión racionalista y esquemática para apreciar su entorno internacional, heredada de una de las vertientes de la modernidad, dentro de la región resulta particularmente necesario.

⁶Esta problemática está esbozada al final del capítulo II de la obra citada, Teoría y Práctica de la Política Internacional.

La postmodernidad como realidad y como idea

El contrapunto entre el discurso de la modernidad y de la postmodernidad, fruto del encuentro entre el curso adoptado a partir de la ilustración por la primera de las corrientes mencionadas con una reacción o contracorriente cultural marcadamente crítica, constituye el marco dentro del cual se inscriben -y es posible identificar y hacer explícitas- las premisas que inspiran la visión clásica, y más aún la neorrealista, en el campo de los estudios internacionales. Proporciona también la perspectiva desde la cual se pueden definir las posiciones epistemológicas a través de las cuales sería posible desconstruir y modificar esas premisas para acceder a una visión más amplia, menos racionalista y más histórica del acontecer internacional contemporáneo. Sin embargo, describir este contrapunto, clarificarlo y reducirlo a sus coordenadas esenciales es muy difícil, debido al carácter complejo y multifacético de las corrientes en conflicto y al estado de fluidez que éste presenta. Con todo, aunque tal clasificación desbordaría los objetivos de este ensayo, es necesaria una aproximación al tema para comprender las premisas, confusiones y alternativas que hoy es necesario considerar para hacer teoría de las relaciones internacionales.

Las dificultades mencionadas se deben a múltiples factores. Desde luego es discutible el origen, el contenido y la dirección de la modernidad como proceso histórico, pudiendo buscarse estos elementos alternativamente en los comienzos del mundo moderno a partir del renacimiento y la reforma, en la forma que este mundo adopta con la ilustración y su tormentosa trayectoria, o en la posterior consolidación de las sociedades industriales, tecnológicas y burocráticas que surgen en la segunda mitad del siglo XIX, no sin que cada opción implique diferencias en cuanto al contenido mismo del concepto. Desde este punto de vista incluso se podría distinguir entre la modernidad considerada como un concepto apto para caracterizar los valores que han inspirado al mundo moderno desde el renacimiento por contraposición con el mundo medieval; el modernismo entendido como el *ethos* o programa estético, filosófico y cultural que predominó en los grupos de vanguardia a partir de la segunda mitad del siglo pasado, y el concepto de modernización concebido como un proyecto de transformación social basado en la transferencia o profundización del modelo de las sociedades industriales avanzadas que dominó el

desarrollo de las ciencias sociales, las estrategias políticas y las experiencias económicas a partir de la segunda postguerra.⁷ A esto se agregan las confusiones creadas por el espejismo de una querrela entre antiguos y modernos reiterada en el tiempo, no sólo cuando adquirió notoriedad literaria en el siglo XVII, sino desde que el cristianismo propagó la novedad del Evangelio a través del mundo antiguo hasta cuando los jóvenes representantes de la contracultura se levantaron contra las autoridades intelectuales y políticas de su tiempo en los años sesenta.⁸ Naturalmente la forma que adopte la reacción postmodernista dependerá de la idea de la modernidad con que se enfrente y de la etapa escogida como reflejo de esa idea.

A este respecto, para buscar un hilo conductor dentro de esta confusa trayectoria, sugiero que la modernidad inaugurada por el renacimiento constituye, a la vez, el impulso y el molde dentro del cual se inscriben las distintas etapas anteriormente señaladas, caracterizadas por la diversidad de sus circunstancias históricas y por los énfasis adoptados por cada una de las respuestas respectivas, y que el proyecto iluminista representa un quiebre en esa trayectoria, en desmedro de la amplia gama de posibilidades abiertas para la realización del individuo o la persona que contenía la propuesta inicial renacentista. Una obra muy sugerente en este aspecto, refiriéndose al tránsito del mundo mediéval hacia la edad moderna, dice que "en última instancia siempre existirá una línea divisoria decisiva: la desempeñada por la crítica de la razón frente a un mundo de autoridades admitidas". Lo que pasó con la idea de la moder-

⁷Ver entre otros a M. Berman, "Brindis por la Modernidad", en N. Casullo (editor), El Debate Modernidad-Postmodernidad, Buenos Aires, Puntosur, 1989. Esta esquemática periodización anticipa la idea de que el proceso de la modernidad, por lo menos en una de sus vertientes principales, fue adquiriendo un rumbo crecientemente reduccionista, rígido y uniforme, inspirado en el impulso hacia la racionalización de la sociedad y la cultura, contra el cual reacciona el postmodernismo, contrapunto que constituye el tema central de este ensayo.

⁸Sobre la trayectoria de la idea de la modernidad en general, y de paso sobre la reiterada querrela entre antiguos y modernos, ver el libro de J. Habermas, El Discurso Filosófico de la Modernidad, Madrid, Taurus, 1989, así como también la introducción y algunas contribuciones al libro de Josep Picó (editor), Modernidad y Postmodernidad, Madrid, Alianza Editorial, 1988, y la obra compilada por N. Casullo ya citada.

nidad en la trayectoria señalada es que a partir de algún punto del camino la razón -el sujeto pensante convertido en autor soberano de la historia- terminó construyendo una jaula de hierro destinada a aprisionar a la sociedad y al individuo, y relegando a un segundo plano los peligrosos impulsos brotados de la crítica, la diversidad y el cambio inseparable de la historia.⁹

Si las visiones de la modernidad siguen una cadencia histórica, cambian con el tiempo o incluso son objetivamente divergentes, mayores son las divergencias, o simplemente incoherencias, observables en el seno de la reacción postmodernista, dependiendo en parte de la visión acerca de la modernidad a que cada una se refiere y en parte mayor al punto de partida o al campo de especialización de cada crítico. Haciendo un esfuerzo de simplificación heroico, de aquellos que se requieren en casos de confusión extrema, podría decirse que el común denominador fundamental del postmodernismo es un proceso a la razón, cuya liberación frente a un mundo de autoridades constituidas se inició con la modernidad, y cuya pretensión totalitaria desvirtuó la potencialidad liberadora de esa idea dando lugar a la regimentación, la uniformidad y la deshumanización de las sociedades industriales avanzadas.¹⁰ Una razón cuya exacerbación se inició con la ilustración y se encarnó en las sociedades a que ese proceso dio lugar, ya sea a través de sus tendencias centrales hacia la creación de un orden tecno-industrial disciplinario o de las utopías revolucionarias que éste generó como respuesta, con su base común universalista, uniformadora y burocrática que tan clarivamente vislumbró Max Weber, por una parte, y el Marx maduro y sus continuadores por la otra.

Si hay un rasgo central en las distintas versiones de la reacción postmodernista es el rechazo al discurso logocéntrico, al papel central de la razón y del sujeto pensante como autores soberanos de la historia, a la capacidad de los grandes

⁹Ver L. Vicens Vives, Historia General Moderna, Tomo I, Barcelona, Montaner y Simon, p. 15. Ver también las aportaciones de F. Braudel en Civilization and Capitalism, 15th to 18th Centuries, 3 volúmenes, Londres, 1981 a 1984 (original en francés), y Ph. Aris y G. Duby (directores), Historia de la Vida Privada: del Renacimiento a la Ilustración, Tomo III, Madrid, Taurus, 1989 (original en francés).

¹⁰J. Picó, "Proceso a la Razón", en Debates, N° 14. 1986.

paradigmas, ideologías o relatos para moldear o explicar en un sentido unidireccional ese proceso, y a la noción de que el lugar del hombre es la razón y no la historia. Aunque en esta etapa germinal esas reacciones contienen más críticas que proposiciones, sobre todo en el plano intelectual (ya que en cambio la realidad social contemporánea está fuertemente impregnada de manifestaciones postmodernas extremadamente llamativas), es posible correr el riesgo de esbozar la dirección hacia la cual apuntan en lo esencial dichas reacciones. A partir de los rechazos anteriormente mencionados, todas ellas subrayan la historicidad de los asuntos sociales; buscan un mejor equilibrio entre la idea y la experiencia, entre la razón y la práctica; privilegian la diferenciación sobre la uniformidad del racionalismo moderno. Todas ellas procuran trascender el triple sometimiento de la realidad a su representación, de la vida a un modelo, de la sociedad a las instituciones burocráticas. Todas ellas tratan de percibir lo general, lo permanente y necesario de las cosas a través de lo particular, lo transitorio y lo fortuito. Esto indicaría que la postmodernidad intenta recuperar los impulsos originales del movimiento modernista, una de las interpretaciones que en este ensayo se propondrá entre las más probables, oponiéndose a la hegemonía de los grandes proyectos sociales racionalistas, regimentadores y homogéneos, y a los epígonos autoritarios o anarquistas de la ilustración, con su subordinación del sujeto al pensamiento, la disolución del mismo en una ideología o un relato, y el desplazamiento del individuo como autor libre y creativo de la historia en favor de una visión de la misma como un proceso unilineal y programado mediante un proyecto del cual el sujeto es el privilegiado pero inescapable ejecutor.

Este proceso a la razón no implica necesariamente descartarla sino tan sólo rechazar sus formas más dogmáticas. Umberto Eco distingue cinco acepciones a este respecto. Conforme a una de ellas consistiría en la facultad de conocer lo absoluto, la esencia de las cosas, por medio de una especie de visión directa. Según otra constituiría un conjunto de categorías universales e innatas que preceden y orientan la capacidad de abstracción del hombre y, por lo tanto, moldean su conocimiento de la realidad o la construyen. Según una tercera la razón sería la facultad de juzgar el bien y el mal. Mientras que estas tres acepciones han perdido toda aceptación en el siglo XX, hay una cuarta que es la que está realmente en crisis, según la cual la razón representaría la

forma natural de conocimiento del hombre por contraposición con el conocimiento no discursivo, como el que proviene de la experiencia subjetiva, la intuición o la fe, y que se caracteriza por ser universal o unívoco. De allí una quinta definición de alcance crítico, según la cual la racionalidad se ejercita por el simple hecho de expresar proposiciones sobre el mundo comunicables a otros, en donde lo importante no es que sean verdaderas sino que intenten dar interpretaciones de la realidad sobre las cuales se pueda actuar y susceptibles de ser comprendidas por los otros. Esta visión implica que "no sea necesario que cuando hablamos debamos decir siempre una misma cosa y que existan también discursos que quieren decir más de una cosa a un tiempo, contradictorias entre sí".¹¹ Esta última acepción abre la posibilidad de ejercer la razón en forma abierta y de acceder a una visión pluralista de la realidad como la que caracterizó la modernidad en sus orígenes.

De esta manera el postmodernismo aparece, por una parte, como una reacción contra la forma que adoptó predominantemente el desarrollo de la modernidad a partir de la ilustración y que alcanzó su madurez en el mundo racional, burocrático e industrial surgido a fines del siglo XIX y, por la otra, como un intento por rescatar las fuentes que originalmente inspiraron la modernidad frente al proyecto modernizador anteriormente señalado. Esa ambivalencia inicial explica muchas de las ambigüedades con que uno tropieza en el pensamiento postmoderno. En efecto, la modernidad comenzó como un movimiento de liberación frente al orden establecido, de crítica frente a las autoridades admitidas y de reivindicación de la capacidad creadora del hombre en todas las esferas, pero terminó convirtiéndose en una especie de jaula de hierro colectiva creada por el discurso logocéntrico en que se fueron encerrando los herederos del pensamiento ilustrado. La percepción de que los tiempos modernos se iniciaron con la separación entre lo público y lo privado, por contraste con la indiferenciación entre esas dos esferas, la falta de individualidad y el peso de los estamentos colectivos, la promiscuidad y el anonimato atemperados por la jerarquía feudal en que vivió el hombre medioeval, explica mucho acerca de la contradictoria evolución

¹¹U. Eco, "¿Crisis de la Razón?", en el libro organizado por el mismo autor La Estrategia de la Ilusión, Editorial Lumen, Buenos Aires, 1986.

de la modernidad que acabo de esbozar, de su descubrimiento y acentuación inicial de lo privado, y de su sometimiento final a una racionalidad pública, colectiva y burocrática. El problema "está en saber cómo se pasa de un tipo de sociabilidad en la que lo privado y lo público se confunden, a una sociabilidad en que lo privado se separa de lo público" e incluso posteriormente lo absorbe o lo somete, y en que luego ocurre nuevamente lo contrario.¹² Veamos primero cómo se manifiesta la reacción contra esta última tendencia en la realidad contemporánea y luego cómo se expresa en las ideas.

La reacción se inicia como un rechazo a la sociedad ideológica, uniformizadora, dirigista y tecnocrática, y como su fragmentación a través de un proceso de personalización en que predominan la expresión individual, la libertad de elección y la diferenciación. Hay que destacar, contrariando prejuicios hasta hace poco comunmente aceptados, que esta reacción se dirige tanto contra los esquemas disciplinarios de origen conservador o neoconservador como contra las utopías revolucionarias cuya crisis se manifiesta con claridad a fines de los años sesenta. La cultura actual rechaza los textos, programas y códigos conclusos y omnicomprendivos: representa la crisis del relato y la liberación del sujeto. Es heterogénea, multidireccional y policéntrica. Por ser personalista, es también contradictoria: es a la vez vanguardista y nostálgica, indiferente y selectiva, insatisfecha y saciada, solidaria y anárquica, ecológica y consumista, materialista y psicológica, sofisticada y espontánea, seductora y discreta, aficionada a la cultura a la carta pero también a los grandes espectáculos. Con frecuencia se han empleado los términos de narcisismo o hedonismo para describir aquel proceso "que conduce a los individuos a reducir la carga emocional invertida en el espacio público y en las esferas trascendentales de la vida y correlativamente a aumentar la prioridad de la esfera privada".¹³

Si es difícil describir sumariamente los signos de esa cultura postmoderna que emerge en la realidad contemporánea —aunque estos signos puedan ser minoritarios pues toda nueva

¹²Phillipe Aries, "Para una Historia de la Vida Privada", Introducción a Ph. Aries y G. Duby, (directores), Historia de la Vida Privada, Tomo III, p. 16.

¹³G. Lipovetsky, La Era del Vacío: Ensayo sobre el Individualismo Contemporáneo, Barcelona, Anagrama, 1986, p. 13. Ver también J. S. Lyotard, La Condición Postmoderna, Cátedra, Madrid, 1986.

etapa histórica nace de una contracorriente cultural, esto es, de una minoría- más difícil aún es presentar el reflejo conceptual de la misma. Y aquí se habla de reflejos pues el postmodernismo no sólo es por definición fragmentado y centrifugo, sino tambiénacrónico, en el sentido de que a lo largo de los últimos cien años no es posible distinguir entre sus precursores y exponentes plenos. J. Baudelaire decía, desde el ángulo estético, que "la modernidad es lo transitorio, lo contingente y fugitivo, la mitad del arte, cuya otra mitad es inmutable y eterno". Y agregaba que el observador, el filósofo, el pintor de las cosas exteriores, y no sólo de las cosas efímeras sino también de las duraderas, "es el pintor del momento que pasa y de todas las sugerencias de eternidad que éste contiene". Mientras que desde un punto de vista sociológico Simmel afirmaba que "la esencia de la modernidad es el sicologismo, la experiencia y la interpretación del mundo en términos de las reacciones de nuestra vida interior, la disolución de sus contenidos fijos en los elementos fluidos del alma, en la cual todo lo que es sustantivo se diluye, y los cuales son meramente formas en movimiento" y que, por lo tanto, no estaba tan interesado en la estructura global de la sociedad y en sus instituciones como en el flujo de acciones e interacciones en que ella se basa, en los fragmentos y situaciones transitorias que la tejen y la integran.¹⁴ Este es también el mensaje de algunos autores contemporáneos, como Berman, que destaca los rostros en la multitud y las voces de la calle como expresiones privilegiadas de la cultura actual; la sensación de Rella de que no vivimos dentro de un proyecto dotado de motivaciones, fundamentos y metas absolutas sino en un tiempo de espera, un espacio intermedio, y la defensa de la diferenciación que hace Vattimo contra la uniformidad impuesta por la soberanía de la razón en la vida moderna.¹⁵ Creo

¹⁴Charles Baudelaire, "El Pintor de la Vida Moderna", reproducida más tarde como The Painter of Modern Life and Other Essays, Thaidon, 1964, y George Simmel, Filosofía del Dinero, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1976.

¹⁵Marshall Berman, "Brindis por la Modernidad", en N. Casullo, (editor), op., cit., y All that is Solid Melts into Air: An Explanation of Modernity, New York, Simon & Schuster, 1982; D. Frisby, Fragments of Modernity, Policy Press, Londres, 1985 p. 15; Franco Rella, "La Arqueología de lo Inmediato", en N. Casullo (editor), op. cit., y Giani Vattimo, Las Aventuras de la Diferencia:

que la realidad que he tratado de reseñar anteriormente, y su significado, está muy bien expresada en las siguientes reflexiones.

"El concepto de postmodernidad o postmodernismo se ha convertido en uno de los conceptos más esquivos en la discusión estética, literaria y sociológica de la última época. El término postmodernidad pertenece a una red de conceptos y pensamientos "post" -sociedad post-industrial, post-estructuralismo, post-empiricismo y post-racionalismo- en los que, según parece, trata de articularse a sí misma la conciencia de un cambio de época, conciencia cuyos contornos son aún imprecisos, confusos y ambivalentes, pero cuya experiencia central, la de la muerte de la razón, parece anunciar el fin de un proyecto histórico".¹⁶

Todo cambio de época es anunciado por una transformación de las categorías epistemológicas, de las formas del pensamiento, de la percepción del mundo colectiva. El tránsito a la edad moderna fue precedido por el cuestionamiento a la teología escolástica efectuado desde una perspectiva nominalista como la de Ockham o Scoto, por renovadores filosóficos como Della Mirandola o Erasmo, o por estetas críticos o subversivos como Vasari o Alberti. El reflejo intelectual de los cambios señalados, el surgimiento de lo que se ha llamado era postmoderna, se ha expresado hasta ahora en una pluralidad de reflexiones críticas sobre las categorías actuales del conocimiento, nuestra forma de ver el mundo y de comprendernos a nosotros mismos, es decir, en un cambio epistemológico.

Entre las dificultades existentes para expresar el reflejo conceptual de las nuevas corrientes cabe señalar, en primer lugar, los contradictorios orígenes y caminos de la reacción postmodernista frente a las expresiones filosóficas, históricas y cotidianas de una modernidad cuya resistencia al ser apresada en definiciones unívocas ha hecho difícil definir al enemigo y presentar una alternativa unívoca. Algunas de estas contra-

Pensar después de Nietzsche y Heidegger, Anagrama, Madrid, 1987.

¹⁶A. Wellmer, "La Dialéctica de Modernidad y Postmodernidad", en J. Picó, Modernidad y Postmodernidad, Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 103.

dicciones se refieren a los orígenes y motivaciones de la reacción postmodernista: ¿se trata en realidad de un intento de negar o de recuperar los valores de la modernidad en su expresión primera? Pero otras tienen que ver con la ambivalencia misma del fenómeno contra el cual se reacciona: "Uno de los usos más antiguos del concepto de modernidad es aquel que se relaciona con el significado de la decadencia", afirma un autor que demuestra cómo esta sensación acompaña toda transición entre dos épocas, para señalar a continuación que la comprensión de esos momentos "permite articular el concepto de decadencia con aquel de recuperación" y que, desde este punto de vista, la modernidad puede presentar imágenes muy distintas: la restauración de un modelo clásico, la innovación, el progreso y la completa renovación del paradigma vigente.¹⁷ Otra contradicción o dicotomía, como ya se ha indicado, radica en el reconocimiento de que la pretensión hegemónica del discurso logocéntrico de la modernidad puede darse tanto en sus versiones conservadoras y disciplinarias como en los proyectos encaminados a imponer esa hegemonía por vías utópicas y revolucionarias. Una contradicción más consiste en que mientras por una parte se considera que el discurso de la modernidad tiene un sesgo monístico y globalizador, otras explicaciones -cuyo principal exponente fue Max Weber- proponen que el desarrollo y la crisis de la modernidad radica en la progresiva desvinculación entre la esfera filosófica, estética y moral (que, probablemente, incluye la política), en la separación entre cultura y vida, o en el creciente desarraigo entre las distintas formas de expresión social con respecto a sus orígenes culturales (como en el papel del consumo, la recreación o la tecnología en la sociedad moderna).¹⁸ Hay otras contradicciones que se refieren a las reacciones despertadas por la postmodernidad: hay aquí reacciones negativas o melancólicas y otras positivas y celebratorias, mientras desde otro punto de vista el surgimiento de la cultura postmoderna

¹⁷C. A. Viano, "Los Paradigmas de la Modernidad", en N. Casullo, op., cit., pp. 176 y 179. Sobre la idea de la modernidad como un proyecto inconcluso, ver también J. Habermas, El Discurso Filosófico de la Modernidad, Madrid, Taurus, 1985.

¹⁸Ver J. Picó, op., cit., p. 24. Ver también, sobre la separación entre cultura y vida, J. Habermas, "Modernidad: un Proyecto Incompleto", en N. Casullo (editor), op., cit., p. 136/137.

deja en algunos casos como saldo una actitud nihilista de desilusión, indiferencia y desencanto, en tanto que en otros provoca una sensación de vitalidad, de aventura, de libertad y de una mayor capacidad de elección y experimentación que en el pasado.¹⁹ Por último, si se consideran los ensayos interpretativos o críticos escritos en torno a esta tendencia, puede decirse que ellos se escalonan desde versiones neoconservadoras como las de Daniel Bell, reformistas como la de Habermas, y radicales como las de Lyotard.

Los supuestos epistemológicos del postmodernismo

Ya he señalado cuán difícil es mostrar los comunes denominadores y las direcciones centrales del pensamiento post moderno. La síntesis que propondré en esta sección, más que heroica, es temeraria. En ella se procurará agrupar esas direcciones en tres grandes categorías referentes, respectivamente, a la crítica a los grandes relatos que procuraron explicar la historia durante la época moderna, a la negación del sujeto como autor de esos relatos o a su liberación de la condición de mero producto de los mismos, y al énfasis en la historicidad sobre la hegemonía de la razón, en la diferenciación sobre la uniformidad, y en la desconstrucción como el método a través del cual es posible desarticular el discurso logocéntrico de la modernidad en su etapa madura y abrirlo a la diferencia, la creatividad y el pluralismo. Todas estas direcciones son relevantes si se desea evaluar la teoría que hoy predomina en las relaciones internacionales, es decir, el neorrealismo, con su visión obsesivamente Estado-céntrica y reduccionista: las mismas limitaciones que, como decíamos al comienzo, le impiden comprender adecuadamente la complejidad y el dinamismo de la realidad internacional de fines del siglo XX.

La primera dirección hacia la cual apunta el pensamiento postmoderno pasa por el rechazo a los grandes relatos históricos, a los paradigmas sociales, a las formas de represen-

¹⁹Para este último tipo de reacción, ver J. Lyotard, La Condición Postmoderna, op., cit., así como también del mismo autor "¿Qué es la Postmodernidad?", en N. Casullo, op., cit., pp. 165 y siguientes. Hasta cierto punto ésta es la interpretación propuesta en G. Lipovetsky, op., cit.

tación y a los códigos del lenguaje que procuran hacernos ver la realidad a través de un prisma determinado. Un rechazo al triple sometimiento de la realidad a su representación, de la vida a los grandes modelos colectivos, de la sociedad a las instituciones burocráticas. Se trata fundamentalmente de una reivindicación de la historicidad frente a la hegemonía de la razón, que hunde sus raíces en la compleja propuesta formulada originalmente por Hegel y reformulada más tarde por un heterogéneo conjunto de pensadores, entre los cuales destacan Nietzsche y Heidegger. Señalaba en otro lugar que la tesis central de Hegel, según la cual lo que es racional es también real y lo que es real es racional, no apunta en última instancia a la subordinación de lo fenomenológico a la idea sino a la existencia de una profunda identidad entre ambos términos, que no privilegia las ideas universales y absolutas, indiferentes a las particularidades históricas, sino que reconoce que la realidad es racional con toda sus diferencias específicas.²⁰

De allí el énfasis del pensamiento postmoderno en lo fragmentario, fortuito y transitorio, como expresión de lo universal y permanente. De allí también el interés de Simmel, que probablemente fue el primer sociólogo de la modernidad como Baudelaire lo fue en el arte, en lo intercambiable y contingente, como el dinero, y su escaso interés por estudiar la estructura de la sociedad en su conjunto en comparación con su énfasis en las formas y relaciones sociales específicas. "El punto de partida de su análisis es aparentemente más superficial e insustancial. La unidad de su estudio descansa en la posibilidad de encontrar en cada uno de los detalles de la vida la totalidad de su significado. En este sentido sigue el mismo método del arte -en contraste con el interés filosófico en la totalidad del ser- que se plantea a sí misma un problema único y estrechamente definido como una persona o un paisa-

²⁰Ver L. Tomassini, Teoría y Práctica de la Política Internacional, op., cit., p. 124. Se concluye allí que "la filosofía de Hegel, proyectada después en una rica tradición que va de Nietzsche a Heidegger, propone una síntesis entre ser y actuar, saber y hacer, acontecimientos y sentido, y otorga carta de legitimidad a la diferenciación y al cambio, sin los cuales la realidad se supeditaría a la tiranía de la idea". Ver también la opinión según la cual "la crítica de los errores de la metafísica ha conducido a Nietzsche a desconfiar de las visiones globales del mundo y a negar la existencia de una racionalidad histórica", contenida en J. Picó, op., cit., p. 18.

je".²¹ Se sostiene aquí la posibilidad de captar lo universal en sus fragmentos, lo permanente en lo efímero, y lo necesario en lo contingente y lo fortuito. De ahí el rechazo a los relatos globales y conclusos, el énfasis en los fragmentos de experiencia, en lo indiciario y lo simbólico, en todo lo que siendo parcial contiene algún indicio de la totalidad o del conjunto. De ahí también el rechazo a la separación entre idea y vida, a los esquemas que mediatizan la realidad en nombre de la representación y el conocimiento, y la percepción de que éste debe basarse en la mayor simultaneidad posible entre la representación y el acontecimiento.²²

Se trata, en suma, de la visión de una sociedad sin fundamentos, parámetros, paradigmas, proyectos, metas ni certezas absolutas. Sin referencias fijas ni oposiciones tajantes, en que pueden coexistir múltiples puntos de vistas y conceptos contrapuestos, cuyo centro y fronteras no están bien definidos. De una visión de la vida como de algo capaz de incluir más variables que las previsibles, de seguir múltiples direcciones, de ser comprendida desde diversas perspectivas. Todo esto desafía profundamente las categorías tradicionales del conocimiento y, por lo tanto, al intelectual moderno. Un autor sostiene que éste "sólo tiene ojos para las revoluciones históricas e internacionales y las obras maestras de nivel mundial en la cultura; reclama las alturas de la perfección metafísica y no se digna fijarse en algo de menor categoría". A su juicio, "podría ser más fructífero que, en vez de preguntarnos si la modernidad es todavía capaz de producir obras maestras y revoluciones, nos preguntásemos si puede generar fuentes y espacios de significado, de libertad, dignidad, belleza, solidaridad y gozo: entonces tendríamos que confrontar la desordenada actualidad en que viven los hombre, mujeres y niños modernos". En su opinión "este es un riesgo ocupacional de los intelectuales, con independencia de su posición personal, consistente en la pérdida de contacto con la

²¹J. Picó, op., cit., p. 21 y 22. Ver también especialmente B. Frisby, "George Simmel, Primer Sociólogo de la Modernidad", en J. Picó, op., cit., pp. 51 y siguientes.

²²F. Rella, "La Arqueología de lo Inmediato", en N. Casullo, op., cit., pp. 239 y siguientes.

sustancia y el flujo de la vida cotidiana".²³

La referencia al intelectual que observa a partir de determinados cánones, desde una cómoda torre de marfil, el fenómeno postmoderno, nos lleva al segundo aspecto central de la epistemología involucrada en esta corriente: el tema del sujeto. Este es tal vez el tema más importante del pensamiento postmoderno, pero es también el tema frente al cual éste enfrenta su contradicción más profunda: el postmodernismo ¿representa la negación o la liberación del mismo? Distintas versiones oscilan entre dos corrientes: la que representa la liberación del sujeto frente a los grandes paradigmas racionales o relatos históricos, y la que lo disuelve en el texto, es decir, la que considera que sólo se puede aprehender la realidad a través del lenguaje, sus combinaciones y sus juegos, y que el sujeto es el mero producto de un texto del cual, lejos de ser autor, es una creación ficticia.²⁴ El hecho es que

²³M. Berman, "Las Señales en la Calle", op., cit., polemizando con Perry Anderson, "Modernidad y Revolución", en N. Casullo, op., cit., cita tomada de las páginas 129 y 130 de esa misma obra. Esta posición cognitiva está vivamente captada, en un estilo más criollo, en los personajes imaginados por H. Bustos Domecq. Sus poco comunes investigadores prefieren una línea de análisis "que no es la filigrana de un bizantino encerrado en una torre de marfil, sino la voz de un contemporáneo, atento a los latidos humanos", en que "las contradicciones no importan: lo que importa es volcar en el papel toda esta confusión que es lo humano", y en donde se destaca al investigador que "rehusa documentarse en su infalible memoria de artista, no contaminada con la visión directa del espectáculo, siempre ambigua y falaz". Tomado de J. L. Borges y A. Bioy Casares, Cuentos de H. Bustos Domecq, Buenos Aires, 1942.

²⁴No privilegiaremos aquí esta última corriente, que proviene principalmente de la crítica literaria y estética, y cuyos más influyentes expositores son Jacques Derrida y Roland Barthes. El más sugerente de todos sus inspiradores es probablemente Michel Foucault, a través de obras tales como Las Palabras y las Cosas, Arqueología del Saber o El Orden de las Cosas, si bien su obra es demasiado rica y compleja como para adscribirla a una estrategia encaminada a la destrucción del sujeto y busca más bien comprenderlo en su inserción histórica. Algunos han tratado de explicar su posición como un intento por justificar el fracaso de las utopías liberadoras y revolucionarias en los años 60, proponiendo la impotencia o subordinación del sujeto frente a la historia, y por consiguiente la imposibilidad de encuadrarla en un modelo o de cambiarla por la vía revolucionaria. Otra opción que se diferencia de estas corrientes se refiere a la versión creativa, libertaria y vitalista del postmodernismo versus

el postmodernismo y el postestructuralismo, que constituye el elemento central de su aproximación epistemológica, incluyen algo de ambas cosas.

Resulta ilustrativa a este respecto la comparación entre Michel Foucault y Noam Chomsky que hace Paul Rabinow.²⁵ Para Chomsky hay una naturaleza humana. El se pregunta por qué a partir de un conjunto de experiencias individuales y fragmentarias cada cultura es capaz de asignar un sentido unívoco a las cosas, desarrollar un lenguaje y comunicarse, y sostiene que debe haber una estructura bio-física que capacita a los hombres para deducir de la multiplicidad de sus experiencias individuales un conjunto de significados y un lenguaje unificados, es decir, debe haber una naturaleza humana. Foucault rechaza ese punto de vista, pero en forma característica no se pregunta si existe una naturaleza humana sino más bien cómo ha funcionado en cada sociedad y en cada época, centrandó su atención en la función social que ese concepto ha desempeñado en el contexto de las prácticas económicas, tecnológicas, sociológicas y políticas de cada período. Para Foucault no hay un paradigma permanente, una fuente externa de significados, un standard universal de comprensión que esté más allá de la sociedad y de la historia. Su propósito es avanzar en el conocimiento lo más posible sin recurrir a ideas universales. Más específicamente, su objetivo ha sido "recrear la historia de los diferentes modos mediante los cuales, en nuestra cultura, los seres humanos han sido convertidos en sujetos".²⁶ Según Foucault esto se logra mediante la combinación entre dos tipos de prácticas; encaminadas a dividir y clasificar a los individuos en ciertas categorías sociales específicas susceptibles de ser regimentadas y definidas en torno a elementos tales como la pobreza, la enfermedad, los trastornos mentales o el delito, y otras a convertir al individuo en un sujeto mediante la toma de conciencia de sí mismo. Foucault ilustra estos procesos a

sus expresiones desilusionadas y nihilistas. Estas dos vertientes son, a nuestro juicio, la línea divisoria de las aguas en lo que respecta a la significación del postmodernismo para la sociedad contemporánea.

²⁵P. Rabinow, The Foucault Reader, Penguin Books, 1984, Introducción.

²⁶M. Foucault, "The Subject and Power", en Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics, por H. Dreyfus y P. Rabinow, University of Chicago Press, 1980, p. 208.

través de ciertas prácticas históricas escogidas por su carácter extremo, atípico o conspicuo.²⁷

En todo caso, por una parte ambas corrientes plantean la ruptura de la cadena que eslabona lógicamente el sujeto a la representación y ésta a la realidad, y que hace posible la atribución de significados unívocos a las cosas, el establecimiento de contraposiciones conceptuales, la jerarquización entre ellas, la legitimación de unos conceptos y la descalificación de otros, y la consiguiente hegemonía de un discurso ideológico. En tal sentido, toda forma de postmodernismo tiende a reducir la importancia del sujeto como autor soberano y racional de la historia, a subordinarlo más a las diversas situaciones o eventos, a volver a considerarlo desde la perspectiva orteguiana de que uno es yo y su circunstancia, a mostrarlo como una especie de combinación entre autor, espectador y consumidor de la historia. Sin embargo, por otra parte y en forma paradójica, el postmodernismo requiere afirmar la soberanía del sujeto sobre la historia como condición necesaria para negar la validez de los grandes relatos a través de los cuales éste procura aprisionarla dentro de las ideologías o estrategias del pensamiento logocéntrico. En el centro de la emergente cultura postmoderna está un fuerte proceso de personalización. Este "remite negativamente a la fractura de la socialización disciplinaria; positivamente corresponde a la elaboración de una sociedad flexible, basada en la información y en el estímulo a las necesidades". Hasta hace poco, "la lógica de la vida política, productiva, moral y escolar consistía en sumergir al individuo en reglas uniformes, eliminar en lo posible sus formas de preferencia y sus expresiones singulares, ahogar las particularidades ideosincráticas en una ley homogénea y universal... El ideal moderno de subordinación de lo individual a las reglas racionales colectivas ha sido pulverizado, y el proceso de personalización ha promovido y encarnado masivamente un valor fundamental, el de la realización personal y el respeto a la singularidad subjetiva".²⁸

²⁷Foucault ha explorado el primer camino en sus obras, traducidas al inglés, Madness and Civilization, The Birth of the Clinic y Discipline and Punish y la segunda, en esta última obra, así como también en The History of Sexuality.

²⁸G. Lipovetsky, op., cit., pp. 6 y 7.

Este es, a nuestro juicio, el planteamiento central del postmodernismo con relación con el sujeto. "Muchos de los planteos teóricos contemporáneos que apuntan en dirección a un fin de la subjetividad suelen confundir el agotamiento de un modo tradicional de concebir al sujeto (el modo cartesiano, para entenderlo bien) con la desaparición completa del sujeto. Podemos incluir entre tales planteos aquellos que consideran negativamente la afirmación de la sociedad tecnológica y de masas, como un proceso fatal, en el cual cada identidad individual está destinada a perderse". Sin embargo, aún cuando estos planteamientos no sólo pretendan poner término al dominio de las grandes narraciones sobre la historia sino también al del sujeto, ellos envuelven una contradicción básica. Porque ¿quién describe el proceso de despersonalización sino la conciencia crítica del sujeto?; "¿quién habla del fin del sujeto sino el sujeto mismo?"²⁹

Para promover reflexiones adicionales sobre estas contradicciones resulta útil recordar la distinción formulada por Wellner entre tres tipos de críticas formuladas en contra del sujeto: la crítica psicológica dirigida a reducir la autonomía del ego frente a las presiones del super ego y de otros factores que el análisis de origen freudiano distingue en la personalidad; la crítica efectuada en términos de la teoría del lenguaje sobre la autosuficiencia creadora del texto y el carácter ficticio de su autor, y la crítica efectuada desde el punto de vista de la filosofía social a la razón instrumental, que pretende aprisionar al sujeto en esquemas preestablecidos, en la cual se fundan principalmente las corrientes postmodernistas aquí consideradas.³⁰

El tercer elemento central que hemos privilegiado dentro del abigarrado panorama de la visión postmoderna es el postestructuralismo considerado como la posición hermenéutica, la perspectiva epistemológica o la forma de conocimiento más adecuada para comprender la cultura de fines del siglo XX. Mucho de lo que podría decirse a este respecto ya ha sido anticipado en relación con los dos temas precedentes. El punto de partida del postestructuralismo es el rechazo del

²⁹Citas tomadas de F. Crespi, "Modernidad: La Etica en Una Edad sin Certeza", en N. Casullo, op., cit., pp. 234 y 235.

³⁰A. Wellner, "La Dialéctica de Modernidad y Postmodernidad", en J. Picó, op., cit., pp. 116 y siguientes.

discurso logocéntrico y la reivindicación de la historicidad de lo social, la desconfianza frente a la tendencia natural de ese tipo de discurso a estructurar la realidad de acuerdo con ideas o representaciones preconcebidas, la objeción a su reduccionismo monístico y la defensa de una visión de la realidad diferenciada y pluralista. La epistemología postestructuralista debería ser equidistante del idealismo y del nihilismo, rechazar por igual la sublimación y la negación de la realidad, subrayar su historicidad y su relatividad, su básica indeterminación, categoría fundamental sobre la cual se volverá más tarde. Se ha dicho también que la auténtica modernidad -que el postmodernismo procuraría restaurar- comienza con el descubrimiento de "lo poco de realidad" que tiene la existencia, descubrimiento asociado con la comprensión de que hay otras realidades, esto es, del pluralismo. Y ese poco de realidad, su diferenciación y relatividad, se resiste a ser captado a través de esquemas racionales, siendo más bien producto de la historia.³¹

Se ha dicho que el reconocimiento de esta forma de ser de la realidad, y el descubrimiento de las formas de conocimiento adecuadas para capturarla, implican la aceptación de cuatro condiciones: la ausencia de fundamentos absolutos, el carácter cambiante de los parámetros, condicionamientos o límites del conocimiento, la desaparición de los grandes proyectos o metas de la historia, y la aceptación de la posibilidad de que haya discrepancia entre la vida individual y los sistemas sociales. "Los cuatro aspectos citados, hoy ampliamente debatidos, aparecen tan íntimamente ligados entre sí que conforman en realidad un sólo componente básico: la experiencia de la modernidad".³² Esto conduce a una epistemología que postula la flexibilidad, la indeterminación y la ambigüedad de la realidad, que desconfía de las síntesis y de las servidumbres, que busca la flexibilización de los principios, estatutos y roles que rigen la cultura. Por encima de todo, que rechaza las interpretaciones unívocas de los acontecimientos y las cosas, que cree en la coexistencia de los contrarios, que cuestiona permanentemente las representaciones o interpretaciones admitidas para abrir paso a otras posibilidades. Por ello, que

³¹J. F. Lyotard, "¿Qué es la Postmodernidad?", en N. Casullo, op., cit., pp. 162 y 163.

³²F. Crespi, op., cit., pp. 230-232.

prefiere a la racionalidad cartesiana la hermenéutica, pero no una hermenéutica cerrada sino abierta.

Rozamos aquí otra contradicción fundamental del postmodernismo: la desconfianza de algunos de sus exponentes frente a la interpretación, pero a aquella forma de interpretación que utilizan preferentemente los semiólogos y los críticos literarios, los que siempre pretenden trascender la cosa en sí, el acontecimiento o el texto, para demostrar que éstos tienen una significación diferente o son el reflejo de una realidad más profunda, y para definir su contenido de acuerdo con reglas e imágenes culturales que determinan inconscientemente al autor o al sujeto.

"Naturalmente -dice uno de estos exponentes- no me refiero a la interpretación en el sentido más amplio, en el sentido que Nietzsche adopta adecuadamente cuando dice: no hay hechos, sólo hay interpretaciones. Por interpretación entiendo aquí un acto consciente de la mente que aplica un cierto código, unas ciertas reglas de interpretación a las cosas."³³

De estas premisas surge la aproximación postestructuralista al conocimiento de la realidad. Los postestructuralistas sostienen que nuestro conocimiento de la realidad social no actúa como una fotografía o un espejo, sino que se encuentra mediatizado por una serie de conceptos culturales incorporados al discurso o a los textos (las palabras), mediante los cuales atribuimos significado, legitimidad, valor y jerarquía a los distintos elementos que la integran (las cosas), conceptos que se generan a través de la historia y de la interacción social, y que nosotros compartimos y heredamos. De ser ello así, la forma como describimos la estructura del sistema social, sus principales actores y los intereses que éstos ponen en juego en sus relaciones recíprocas, dependen de estas nociones. Ahora bien, la forma en que éstas se acuñan no es nunca transparente o neutra. El acerbo de imágenes a través de las cuales clasificamos las situaciones y las cosas, así como también a los demás, está constituido por un repertorio de signos socialmente aceptados, después de un proceso de selección darwiniano, a expensas de otros. La forma como se

³³S. Sontag, Contra la Interpretación, Barcelona, Seix Barral, 1984, p. 17.

seleccionan las imágenes se revela mediante la operación de desconstruirlas, lo cual equivale a desideologizarlas, en la medida en que, como se ha dicho, nuestra visión de la realidad depende de las imágenes previas que tenemos acerca de las cosas, imágenes que constituyen una selección o jerarquía lograda mediante un proceso ideológico de desplazamiento o subordinación de otras imágenes que podrían haber servido para construir una visión de la realidad alternativa. Es precisamente ese proceso de desconstrucción el que sirve para restar validez interpretativa a los grandes proyectos, relatos o utopías que inspiraron las distintas etapas de la modernidad, sobre todo en su curso tardío, y valorizar aquellos elementos fragmentarios, transitorios y contingentes de que la trama social está hecha realmente.³⁴

Algunos ejemplos podrían servir para ilustrar las perspectivas epistemológicas en que se resuelve el curso de la postmodernidad al cual hemos dedicado estas reflexiones. Frisby rescata de los análisis de Simmel, considerado como un precursor de la sociología postmoderna, sus estudios sobre la neurastenia, la metrópoli, el dinero y la moda.³⁵ La evolución del arte ilustra con singular fuerza, en la teoría y en la práctica, el proceso de desconstrucción a que me refiero. Los impresionistas arremeten contra modelos heroicos y los contornos nítidos de David y de los clásicos; Cézanne y Van Gogh lo hacen contra la noción del espacio de los impresionistas; Picasso y Braque contra la desleída representación figurativa de estos últimos; Duchamp contra la noción de que la obra de arte debe ser el producto deliberado de un artista, y logra demostrar que las cosas más sencillas, si son presentadas como tal, pueden ser una "objeto de arte", y Buren descarta incluso la necesidad de que para ser tal la obra de arte deba singularizarse y mostrarse en una presentación o en un espacio.³⁶

³⁴Además de los aportes generales de Foucault, Derrida y Barthes, ver específicamente a R. K. Ashley, "Living on Border Lines: Man, Poststructuralism, and War", op., cit., p. 95.

³⁵D. Frisby, op., cit., p. 61-82. Ver, entre lo poco que hay traducido de la obra original de Simmel, Filosofía del Dinero, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1977, y los dos volúmenes de su Sociología, Madrid, Revista de Occidente, 1977. Para ampliar estos conceptos ver también D. Frisby, Fragments of Modernity, The MIT Press. 1986.

³⁶El nuevo Museo de Orsay es una típica invención postmodernista, en la medida en que rompe y combina los géneros artísticos, las escuelas estéticas, sus lugares de origen y sus jerarquías, al exhibir las obras en una sucesión de

Una crítica postmodernista al neorrealismo

Las perspectivas epistemológicas de la postmodernidad, representadas principalmente por el postestructuralismo, han jugado hasta ahora un papel limitado en las ciencias sociales y, muy particularmente, en los estudios internacionales. Sin embargo, ya están comenzando a ejercer su influencia en ellos, la cual tiende a disolver las categorías racionalistas, universales y unívocas en que se basan sus análisis, y a relativizarlas y fragmentarlas en una pluralidad de fenómenos en que todo es válido o, como dice Paul Feyerabend, "cualquier cosa funciona". Cualquier tentativa de resumir el cuestionamiento de esas categorías desde un punto de vista postestructuralista, o simplemente crítico, desbordaría los límites impuestos a este ensayo, que sólo pretende esbozar el impacto de esta perspectiva sobre el estudio de las relaciones internacionales. Sin embargo, ese impacto se explica por el surgimiento de posiciones críticas respecto de la ciencia, especialmente de aquellas que se han desarrollado dentro del ámbito de las ciencias sociales.³⁷

Ante todo cabe reiterar que el impacto de esas posiciones críticas en el campo de las relaciones internacionales se introduce a través del llamado "tercer debate", que sucedió a la controversia entre idealistas y realistas después de la primera guerra mundial y a la polémica entre tradicionalistas y científicos durante la segunda postguerra, un debate al cual se

períodos históricos en que cada gran artista es presentado dentro de un conjunto en que figuran todos sus coetáneos, de distinta importancia y variados orígenes, y en donde su obra aparece una y otra vez sucesivos períodos, acusando mutaciones que serían imperceptibles en una retrospectiva aislada de su entorno histórico.

³⁷Ver, particularmente, I. Lakatos y A. Musgrave (editores) Criticism and the Growth of Knowledge, Cambridge University Press, 1970; R. Inglehart, The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics, Princeton University Press, 1977; A. Giddens, Central Problems in Social Theory, Londres, McMillan, 1979, y Social Theory and Modern Sociology, Londres, Polity Press, 1987, así como también, desde un punto de vista más ecléctico, K. J. Holsti, The Dividing Discipline, Hegemony and Diversity in International Theory, Boston, Unwin Hyman, 1985.

ha hecho referencia más arriba.³⁸ Llama la atención lo difícil que resulta definir la naturaleza del tercer debate y señalar el foco de esa controversia a diferencia de los anteriores. Ello se debe a que este debate se originó en la percepción de nuevas realidades que no podían ser reconocidas ni explicadas dentro de los moldes del esquema clásico, pero se contentó con incorporar estas realidades tratando de minimizar los ajustes que para ello era necesario efectuar en ese esquema, pretendiendo que se trataba de una cuestión de énfasis, en lugar de reemplazarlo por un esquema nuevo, para lo cual no tenía suficientes fundamentos epistemológicos. En efecto, la preocupación por cuestionar o, más bien dicho, ensanchar los parámetros de la escuela clásica, se originó en la necesidad de hacer lugar a los factores económicos en la política internacional, a los actores de carácter no gubernamental, a la creciente interdependencia entre los Estados o a la emergencia de regímenes internacionales que regulan el comportamiento de éstos, considerados anteriormente autónomos, para poner sólo unos cuantos ejemplos.³⁹

Defendiendo a algunos representantes del neorrealismo frente a un artículo de uno de sus más devastadores críticos, Robert Gilpin se pregunta ¿qué tienen en común autores como Robert Keohane, Stephen Krasner, él mismo y otros especialistas clasificados por dicho crítico dentro de la misma escuela?

³⁸Ver L. Tomassini, Teoría y Práctica de la Política Internacional, op., cit., capítulo II. Ver también R. Maghroori y B. Ramberg (editores), Globalism vs. Realism: International Relations' Third Debate, Westview, 1982, así como M. Smith, R. Little y M. Schackleton, Perspectives on World Politics, Londres, The Open University Press, 1981.

³⁹Con respecto a los factores económicos, ver por ejemplo la obra de Gilpin, desde War and Change in World Politics, New York, Cambridge University Press, 1981 hasta The Political Economy of International Relation, Princeton University Press, 1987; con respecto a los actores transnacionales, ver la línea iniciada por R. O. Keohane y J. S. Nye (editores) con Transnational Relations and World Politics, Harvard University Press, 1972; sobre el tema de la interdependencia, el libro de esos mismos autores Power and Interdependence: World Politics in Transition, Boston, Little, Brown, 1967, así como también de R. O. Keohane, After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy, Princeton University Press, 1984, y sobre el tema de los regímenes políticos ver S. P. Krasner (editor), International Regimes, Cornell University Press, 1983.

"Muy poco, se diría, excepto tal vez que todos ellos han escrito sobre relaciones internacionales desde un conjunto bastante divergente de perspectivas profesionales y políticas".⁴⁰ Y sin embargo, a mi juicio, todos ellos comparten una doble característica fundamental: la tentativa de ampliar los parámetros de la teoría clásica para acomodar allí las nuevas realidades, pero sin renegar de ella y sin atacar las autoridades admitidas, sino tratando de participar de su prestigio, para lo cual se esfuerzan por injertar en el viejo tronco teórico algunos elementos de racionalidad, estructurales o sistémicos, que permitan desarrollar una visión "moderna" de las relaciones internacionales. De allí que el tercer debate gire en torno al dilema de explicar las nuevas condiciones de la realidad internacional mediante simples retoques a la teoría clásica o de abrir nuevas perspectivas teóricas, revelando en sus distintas versiones una clara tendencia a lo primero, y sin poder trascender las limitaciones que esto impone en un mundo profundamente transformado, debido a sus limitaciones epistemológicas. Esto ha llevado a los representantes de una corriente ecléctica, como la neorrealista, a "reificar" los problemas incorporados a su nuevo horizonte perceptivo, lo cual la obliga a trabajar con un mosaico temático cada vez más amplio pero heterogéneo, conservando categorías de análisis que reintroducen representaciones, jerarquías y restricciones que no corresponden a la problemática internacional contemporánea, retrasando la percepción de temas emergentes, impidiendo captar la conexión que existe entre ellos así como su permanente fluidez, y dilatando la construcción de una nueva visión del sistema internacional que permita percibirlo tal como en la actualidad éste es y funciona realmente. De allí que los conceptos de turbulencia, incertidumbre e imprevisibilidad hayan pasado a ocupar un lugar tan destacado en el análisis internacional durante los últimos veinte años y que haya costado tanto anticipar o digerir siquiera las grandes transformaciones experimentadas por la sociedad mundial en ese lapso, no importando que hayan sido lentas o abruptas, como la gradual declinación del papel de los Estados Unidos en el

⁴⁰R. G. Gilpin, "The Richness of the Tradition of Political Realism", respuesta al complejo trabajo de R. K. Ashley, "The Poverty of Neorealism", ambos publicados en *International Organization*, vol. 38, N^o 2, 1984.

mundo o el súbito derrumbe del imperio soviético, respectivamente.⁴¹

Lo anterior plantea la pregunta de si el tercer debate representa "un desorden o una restructuración teórica".⁴² El autor de este planteamiento cita a observadores que "deploran el asombroso ritmo con el cual se introducen en forma superficial nuevas ideas en la teoría de las relaciones internacionales sólo para descartarlas subsecuentemente con inexplicable urgencia", aumentando la confusión dentro de la disciplina, como hacen Der Derian o Morgan, hasta otros que creen que este proceso constituye un verdadero diálogo capaz de transformar la disciplina como, por ejemplo, Holsti. Concluye este autor que "por lo menos se advierte un reconocimiento compartido de que el tercer debate marca claramente el fin del consenso epistemológico positivista que apenas alcanzara a ser rozado en el curso de la controversia entre "historia versus ciencia": mientras el segundo debate se concentró en querellas sobre metodologías estrechamente definidas, típicamente se espera del tercero que facilite el surgimiento de ideas sobre la naturaleza y el progreso del conocimiento en el campo de las relaciones internacionales".⁴³ Y, ampliando el marco en que se desarrolla este debate, otro autor concluye que éste se encuentra "directamente vinculado a un conjunto similar de discusiones que tienen lugar en la teoría política y social contemporánea".⁴⁴

El neorrealismo, con toda la heterogeneidad anteriormente mencionada, ocupa un lugar central dentro del tercer debate. Su intención es hacer posible la comprensión de nuevas realidades dentro de la herencia clásica. Para ello trata de

⁴¹A ilustrar este punto está consagrada la última sección de este ensayo.

⁴²Pregunta planteada en parte de una de las más lúcidas síntesis publicadas sobre el tema. Ver Y. Lapid, "The Third Debate: On the Prospects of International Theory in a Post-Positivist Era", en International Studies Quarterly, vol. 33, N° 3, 1989. Lo que sigue de este párrafo está tomado de la sección mencionada.

⁴³Y. Lapid, op., cit., p. 238. Las obras aludidas por éste son las de J. Der Derian, On Diplomacy, Nueva York, Basil Blackwell, 1987, P. M. Morgan, Theories and Approaches to International Politics, New Brunswick, Transaction Books, 1987, y K. J. Holsti, The Dividing Discipline, op., cit.

⁴⁴M. Hoffman, "Conversations on Critical International Relations Theory", en Millennium, vol. 17, N° 1, 1988, p. 91.

vestirla de un ropaje nuevo, más estructuralista o más sistémico, como ya anteriormente mencionaba. Al hacerlo comete una serie de errores que a continuación se señalan.⁴⁵ De acuerdo con esta línea de pensamiento el neorrealismo intenta, fundamentalmente, promover la recuperación científica de la tradición realista para adecuarla a la comprensión de las nuevas circunstancias. Los neorrealistas reconocen que esa tradición tuvo, entre otras, cinco fallas. Primero, representó una línea de pensamiento demasiado escurridiza y vaga, intuitiva e histórica, demasiado dependiente del arte del analista como para poder suministrar una visión sistemática de la realidad internacional o inspirar programas de investigación realmente operacionales. Segundo, no distinguió suficientemente entre los aspectos subjetivos y objetivos de la política internacional, atribuyendo a las percepciones y acciones de los actores un papel desmedido en la construcción y reproducción del sistema. Tercero, debido a su tendencia historicista y poco sistemática, tuvo una visión atomística del sistema internacional, como un conjunto de unidades autónomas cuyo comportamiento no se sujeta a reglas ni estructura algunas, dependiendo solamente del equilibrio de fuerzas o de la habilidad del estadista. Cuarto, trabajó sobre el supuesto de la autonomía de la esfera política, concentrando su análisis en el ámbito político-militar, y descuidando o ignorando otros factores que han pasado a tener cada vez más importancia en la realidad internacional. Por último, como lo revelan todas estas fallas, la tradición clásica no estaba debidamente fundamentada en la teoría social. Los neorrealistas trataron de remediar esta situación reconstruyendo el pensamiento clásico

⁴⁵Se sigue de cerca aquí la crítica de Ashley, "The Poverty of Neorealism", op., cit., quien ve en el neorrealismo un "orrery of errors", imagen tomada de un planetario inventado por el Earl of Orrery para mostrar la posición y los movimientos de los cuerpos celeste. Una imagen, como veremos, extraordinariamente apropiada para ilustrar el sesgo mecanicista o físico de la teoría neorrealista. También se han tomado en cuenta los trabajos del mismo autor "Untying the Sovereign States: a Reading of the Anarchic Problematic" en Millenium, vol. 17, N° 2, 1988 y "Living on Border Lines: Man, Poststructuralism, and War", en J. Der Derian y M. J. Shapiro, International/Intertextual Relations: Postmodern Readings of World Politics, Lexington Books, 1989, así como también los trabajos de M. Hoffman y P. M. Morgan ya citados, entre otros.

sobre una base científica, con las limitaciones que se señalarán más adelante, sobre todo en relación con las dos últimas críticas.

La búsqueda de un fundamento científico puso de particular relieve la gravedad de una de las fallas anteriormente mencionadas: la percepción atomística de la escuela realista. Incluso podría aventurarse aquí la hipótesis de que dicho punto se convirtió en la preocupación central de los restauradores de esa escuela debido a la contradicción entre el hecho de que esa percepción se acomodaba a su visión del mundo, de lo que en éste es realmente importante, y al mismo tiempo resultaba incompatible con su intención de dar una base científica a los estudios internacionales que les permitieran comprender algunos temas emergentes que hasta entonces habían sido descuidados. De allí que los neorrealistas comenzaran a criticar el "reduccionismo" de las visiones que explican un sistema por la interacción entre sus partes y a incorporar, para superarlo, las perspectivas científicas -estructuralistas o sistémicas- que se encontraban en boga.

La expresión más lograda de este intento se encuentra en Kenneth Waltz, para quien el principio ordenador de un sistema caracterizado por el desarrollo de relaciones políticas entre sus distintas unidades sin la existencia de una autoridad central, no es otro que las relaciones de predominio o subordinación existentes entre ellos. La función de cada una de estas unidades dentro del conjunto depende de su posición dentro de una jerarquía estructurada de acuerdo con el poderío relativo de cada una de las partes. El sistema no es definido en función de los atributos específicos de cada una de ellas, sino a un nivel de abstracción más alto, en donde éstas sólo se diferencian entre sí por la cuota de poder de que disponen, esto es, por la distribución de capacidades observables entre ellas.⁴⁶ La lectura de su obra muestra cómo la contradicción vital de los continuadores científicos de la tradición clásica se resuelve mediante la atribución formal de un carácter sistémico a la realidad internacional, sin disminuir de hecho la importancia y la autonomía de los Estados como actores de dicho sistema, ni del poder y su distribución como elementos determinantes de las relaciones entre los Estados,

⁴⁶K. Waltz, Theory of International Politics, Massachusetts, Addison-Wesley, 1979, especialmente su capítulo V.

esto es, convirtiendo un conjunto atomístico de unidades autónomas en un pretendido sistema en forma casi tautológica.

Estos factores llevaron a los renovadores de la escuela clásica a acudir al estructuralismo, a fin de darle una base científica, aunque con frecuencia lo hicieran en forma inconsciente o incompleta. Como señala un autor, la promesa del neorrealismo, como también la de la perspectiva de los sistemas mundiales, se debe en gran medida a sus aspectos estructuralistas.⁴⁷ El estructuralismo, en primer lugar, se planteaba como una reacción tanto contra el conocimiento puramente histórico, fenomenológico o empírico como contra la reflexión especulativa, incapaces de elevarse o descender de sus respectivos niveles para reconstruir las estructuras en función de las cuales se explica el papel y el comportamiento de sus distintas unidades. Por lo tanto, en segundo término, los estructuralistas procuran construir los principios o reglas objetivos que determinan las prácticas cotidianas en la esfera lingüística, social, política o económica, prácticas que constituyen la expresión superficial de una estructura más profunda. Un ejemplo de lo anterior se encuentra en la distinción entre la palabra y el lenguaje en Ferdinand de Saussure. El estructuralismo supone la prioridad de la estructura sobre la práctica y del todo sobre las partes. Y lo hace a un nivel muy profundo, "postulando un inconsciente más Kantiano que Freudiano, basado en imperativos estructurales que constituyen la geografía lógica de la mente".⁴⁸ Al mismo tiempo, los estructuralistas también dan prioridad a los elementos sincrónicos o estáticos del sistema internacional, que constituyen la condición misma de su existencia, sobre sus elementos diacrónicos o dinámicos, cuya ocurrencia no lo afectaría, lo cual hace tan difícil para los estructuralistas -y los neorrealistas- comprender el cambio. De esta manera es fácil reconocer el rechazo a todo tipo de conocimiento puramente historicista o empírico, la primacía otorgada al sistema sobre las partes integrantes, y la dificultad para captar el cambio como elemento normal de la vida internacional (a menos que se trate de un cambio de estruc-

⁴⁷J. G. Ruggie, "Continuity and Transformation in World Polity: Toward a Neorealist Synthesis", en *World Politics*, N° 35, enero de 1983. La referencia a la visión de los sistemas mundiales alude a la obra de Immanuel Wallerstein.

⁴⁸P. Ricoeur, *Conflict of Interpretations: Essays in Hermeneutics*, Evanston, Northwestern University Press, 1974, p. 79.

tura: de allí la preocupación por los ciclos largos), como otros tantos rasgos del pensamiento neorrealista. Se ha señalado, sin embargo, que éste contiene, al mismo tiempo, más y menos elementos que el estructuralismo.⁴⁹

El neorrealismo tiene tres sesgos que el estructuralismo no contiene. El primero es el estatismo. La teoría neorrealista es Estado-céntrica.⁵⁰ Ofrece un modelo del sistema internacional basado en el "Estado-como-actor". Ello implica no sólo que el Estado tiende a ser considerado como el único actor de la vida internacional, sino que además es definido como una entidad unívoca y no problemática, dotada de intereses coherentes, unidad de miras para implementarlos y una clara visión de las alternativas conducentes a ello. La mayoría de los representantes de esta escuela reconocen que hay abundantes excepciones, como la presencia de actores no gubernamentales en la vida internacional, o el hecho de que los Estados no siempre se comporten como unidades coherentes o actores unitarios. Pero, hechas estas excepciones, no hay duda de que en mayor o menor medida sus exponentes consideran que el Estado es el actor por antonomasia de la vida internacional.⁵¹ El segundo elemento adicional que contiene el neorrealismo es su tendencia utilitarista. El utilitarismo es considerado aquí como aquella perspectiva iniciada por Hobbes, incorporada moderadamente a la ciencias sociales por autores que van desde Durkheim hasta Parsons, y acentuada posteriormente por Von Mises y Hayek, que se caracteriza por sus postulados individualistas y racionalistas en desmedro de lo colectivo y lo histórico. De acuerdo con esta perspectiva, la realidad social está compuesta por una multiplicidad de actores individuales que buscan satisfacer sus intereses interactuando en el mercado, en un mundo caracterizado por la escasez, mediante la competencia, la aplicación de una racionalidad instrumental y la adopción de decisiones racionales. La aplicación de categorías microeconó-

⁴⁹Ver R. Ashley, "The Poverty of Neorealism", op., cit., pp. 237 y siguientes.

⁵⁰Posición defendida, entre otros, por S. D. Krasner, en Defending the National Interest: Raw Materials, Investments and U. S. Foreign Policies, Princeton University Press, 1978.

⁵¹Esto se ve claramente en la obra clásica de K. Waltz así como en la de S. Krasner, ya citadas, o en R. Gilpin, War and Change in World Politics, op. cit., 1981.

micas al análisis político, la teoría de los juegos, y la de las expectativas y opciones racionales, forman parte de la influencia del utilitarismo en las ciencias sociales. Para ciertos filósofos de la ciencia el estatismo utilitarista sería el núcleo central del programa científico del neorrealismo.⁵² El tercer elemento es su sesgo positivista. Es difícil resumir el contenido de esta importante corriente en el desarrollo de la ciencia moderna. En general, el positivismo se caracteriza por su creencia en la posibilidad de captar la realidad mediante el descubrimiento de ciertas reglas o relaciones causales independientes de la subjetividad, de quien lo observa, consistentes con la estructura misma de la real; se caracteriza también por la pretensión de que la ciencia tiene por objeto generar conocimientos técnicamente útiles para formular previsiones, orientar la acción, y promover la manipulación, el control y la transformación de la sociedad; este tipo de conocimiento sería, además, libre de valores. Estos tres rasgos permiten que el neorrealismo nos presente una visión de la sociedad internacional basada en el "Estado-como-actor", en donde no impera otra regla que la búsqueda del interés nacional por medios racionales, entre los cuales la acumulación de recursos de poder es el más importante. Esto es, un mundo de actores e intereses congelados, en donde no hay lugar para el cambio ni para otras realidades y en donde la política no está tan interesada en interpretarlo como en resolver problemas específicos.

Esta última conclusión lleva a reconocer que el neorrealismo, junto con heredar de la tradición clásica ciertos elementos adicionales al pensamiento estructuralista, contiene también menos elementos que éste, en el sentido de que carece de una perspectiva realmente sistémica como la que permite al estructuralismo apreciar la compleja trama de la realidad cuyo conjunto desea interpretar o reconstruir. Ello se debe en gran parte a la imagen física o mecánica que subyace detrás del neorrealismo, a su visión del sistema internacional como si fuera un planetario, que es en el fondo el origen de "*orrery of errors*" anteriormente señalado.⁵³

⁵²I. Lakatos y A. Musgrave (editores), *Criticism and the Growth of Knowledge*, op., cit.

⁵³En otra parte he sugerido que el pensamiento atomístico en que se basó la escuela clásica se funda en la idea de que para comprender la realidad es necesario descomponer cualquier conjunto en sus diversas partes integrantes.

Hacia una visión postestructuralista de las relaciones internacionales

Para trascender los errores del neorrealismo, y esbozar las perspectivas que podría abrir una visión postestructuralista de las relaciones internacionales, conviene comenzar declarando que los neorrealistas han hecho una lectura incompleta de sus predecesores clásicos. "Los neorrealistas plantearon a los fantasmas clásicos unas cuantas preguntas muy seleccionadas ¿es el Estado el actor más importante: si o no?; ¿es verdad que vuestro punto central fue el concepto del "interés nacional definido como poder": si o no? Y usaron su testimonio para atribuir al neorrealismo el *status* de legítimo heredero de la tradición clásica. Entonces, mientras esos fantasmas eran conducidos fuera del tribunal a toda prisa, los neorrealistas nos explicaron por qué su interrogatorio había sido tan breve: los realistas clásicos, al parecer, tenían pocas ideas buenas que valiera la pena conservar".⁵⁴ De acuerdo con los neorrealistas sus maestros, los clásicos, exageraron su creencia en la autonomía de la esfera política, no dieron cabida en sus esquemas a los factores económicos, y emplearon una suerte de "pensamiento circular" para privilegiar determinados elementos o actores y excluir otros en forma tautológica, restringiendo innecesariamente la agenda internacional.⁵⁵ Esta escéptica posición llevó a los neorrealistas, paradójicamente, a descartar

"Este enfoque está basado en una epistemología traída de la física, e implica una visión mecánica del mundo, considerado como un conjunto de piezas que interactúan de acuerdo con un esquema fijo de la misma manera que los engranajes de una máquina o los flujos de energía en una relación termodinámica, sin sujetarse a principios, valores o propósitos más amplios y sin ser capaces de adaptarse a un contexto externo o a una cierta teleología. El avance de las ciencias biológicas generó un enfoque epistemológico que colocaba en el centro de la interpretación de la realidad la capacidad de sus distintos elementos para cumplir un propósito, adaptarse a un contexto o desarrollar una función dentro de un conjunto más amplio". Ver L. Tomassini, Teoría y Práctica de la Política Internacional, op., cit., p. 126.

⁵⁴R. Ashley, "The Poverty of Neorealism", op., cit., pp 264-265.

⁵⁵Apreciaciones de K. Waltz en *Theory of International Politics*, op., cit., refiriéndose específicamente a Aron, Morgenthau y Kissinger. Ver, particularmente, pp. 62-63.

aspectos valiosos de la herencia clásica y a construir un esquema de análisis más cerrado que ésta.

En primer lugar, los realistas clásicos no empleaban un esquema racional sino más bien histórico, tenían un interés en el conocimiento más práctico que teórico. Su forma de pensamiento estaba orientada hacia la práctica, tendía a reproducir el tipo de análisis que debe hacer el estadista y, por lo tanto, incluía un fuerte elemento hermenéutico, así como también evaluativo. Ello los alejó de la adhesión a categorías universales fundadas en la razón, la ética, el derecho, el mercado o, simplemente, la ciencia en su versión positivista, y los llevó a reconocer, dentro de ciertos límites convencionales, la historicidad de la política internacional, con su tendencia a la fragmentación y el pluralismo, ejerciendo su oficio más como un arte que como una ciencia. Es que para ellos el arte del estadista, a su vez, no consistía en la aplicación de un paradigma, en la respuesta a una necesidad o en la ejecución de una regla, sino que se asemejaba más al oficio del virtuoso que pone en juego "todos los recursos inherentes a la ambigüedad e incertidumbre de una situación y una conducta para desarrollar las acciones apropiadas para que la gente pueda decir que no había nada más que hacer en ese caso".⁵⁶ En segundo término, el carácter práctico del pensamiento clásico se expresó en el hecho de que éste girara en torno al concepto del "balance del poder", no entendido fundamentalmente como un planetario, de acuerdo con la visión física o atomística de la sociedad internacional según los neorrealistas, sino más bien desde una perspectiva histórica, que privilegiaba la competencia y el diálogo entre las naciones, fuertemente basada en circunstancias de tiempo, lugar e idiosincrasia nacional. En tercer lugar, los clásicos tenían una concepción concreta y no abstracta de los conceptos políticos. "Si los realistas clásicos muchas veces parecían resbaladizos en su utilización de los conceptos, ello no se debió siempre a falta de disciplina, a un prejuicio inductivo, o a la incapacidad para pensar en términos sistémicos. Los neorrealistas interpretaron equivocadamente de esta manera a sus antecesores clásicos porque no comprendieron la tradición que ellos intentaban desarrollar. No entendieron que, para los realistas clásicos, los

⁵⁶P. Bourdieu, Outline of a Theory of Practice, Cambridge University Press, 1977, p. 8.

frutos de la labor intelectual no están más inmunes a la lógica del esquema del balance del poder -a la vez subjetivo y objetivo- que las instituciones y prácticas que ellos estudiaban".⁵⁷ Por eso, si bien la visión clásica construida a partir de la experiencia histórica de los últimos siglos, con su énfasis en el papel del Estado, el interés nacional y el balance del poder, resultó en definitiva insuficiente para comprender la compleja realidad internacional contemporánea, los neorrealistas, al dar un carácter estructural y abstracto a esta perspectiva, la clausuraron todavía más con respecto a la comprensión de las nuevas realidades. En todo caso, la herencia clásica tampoco nos habría permitido comprenderla. Al otorgar "prioridad a la práctica sobre la teoría", se hizo acreedora a la crítica de desarrollar un "pensamiento circular" formulada por los neorrealista. En verdad, a partir de un método de análisis consistente en "mirar sobre la espalda de los estadistas mientras éstos escriben sus instrucciones", los clásicos no podrían ir más lejos que éstos en su descripción de la realidad internacional.⁵⁸ Y esto equivale renunciar al papel de la teoría, que consiste en abrir paso a la comprensión de las realidades emergentes y, de esta manera, hacer posible respuestas adecuadas.

Se necesita, pues, una nueva perspectiva. Una perspectiva que, en primer lugar, no considere que el sistema internacional es el mero resultado de la interacción entre distintas unidades a partir de un modelo del "Estado-como-actor", entendido desde una perspectiva histórica o desde otra atomística tomada de la física, sino que es una trama que posee una realidad *per se*, fruto de una constante interacción entre diferentes prácticas y fuerzas, y que constituye la condición misma para la existencia y el accionar de los Estados. En segundo término, una visión que cuestione la subordinación de la práctica a la teoría y valore la interacción entre ambos términos, permitiendo la expansión de la agenda internacional y su apertura al cambio, cerrada por la subordinación de los procesos concretos a una pretendida estructura. Tercero, una visión que, como consecuencia de lo anterior, amplíe la descripción del sistema internacional y permita enriquecer su agenda y reconocer su dinámica, desdibujando las fronteras trazadas por la teoría

⁵⁷R. Ashley, op., cit., pp. 270.

⁵⁸H. Morgenthau, Politics Among Nations, op., cit., p. 5.

clásica entre el ámbito interno e internacional, entre la "alta" y la "baja" política exterior, así como también entre el de lo público y privado, dejando de considerar que este último ámbito constituye una esfera sustraída a la política internacional debido a que, en un mundo dominado por Estados nacionales, éstos tienden a subordinar los factores económicos, sociales y culturales al poder político. Cuarto, una visión que, como ya se ha adelantado, permita no sólo comprender a la larga los procesos de cambio y las situaciones de crisis en el sistema internacional, sino que haga de ellos un elemento central de ese sistema. Quinto, una visión que junto con repudiar el modelo del "Estado-como-actor" como una descripción acuciosa del sistema internacional contemporáneo, rechace también la pretendida necesidad de una presencia hegemónica global como garantía de funcionamiento de un sistema que, en realidad, es creado, reproducido y transformado por una pluralidad de prácticas históricas provenientes de las más diversas fuentes.⁵⁹

Para ello es necesario reestructurar el sistema cognitivo heredado de los clásicos y reformulado por los neorrealistas, replantear el papel que ocupan la razón y la historia -la teoría y la práctica- en el estudio de las relaciones internacionales, y adoptar una perspectiva que permita reconocer que lo cambiante, lo marginal y lo emergente es parte integral de la realidad bajo estudio y expandir la agenda que guía el análisis de la misma. "Es posible entender la manera en la cual el postestructuralismo expande la agenda de la teoría social y política -planteando cuestiones acerca de la historicidad de estos temas sobre los cuales la teoría social moderna guarda silencio -mediante la utilización de una terminología tomada en préstamo de la teoría literaria contemporánea". La corriente neorrealista, con su sesgo estructuralista, explica la realidad internacional a la luz de un modelo monológico, que es previo a la historia y que permite interpretarla en forma inequívoca,

⁵⁹Ver R. Ashley, "The Poverty of Neorealism", op., cit., pp. 273 y siguientes. Estas ideas fueron profundizadas posteriormente por el mismo autor, como señalará más adelante. La necesidad de un estado hegemónico para asegurar los public goods requeridos para el funcionamiento de un orden internacional es examinada críticamente en S. Gill y D. Law, *The Global Political Economy: Perspectives, Problems and Policies*, The John Hopkins U. P., 1989, pp. 46 y ss y 76 y ss.

el cual ocupa el lugar del "texto legible" de que hablaba Barthes, en lugar de un "texto escribible", o sea el de un texto o relato unívoco escrito por un autor racional "que sólo espera ser leído desde el punto de vista de un consumidor pasivo de su significado".⁶⁰ Por contra-posición a esa visión, el postestructuralismo permite apreciar la historicidad de las relaciones internacionales, con su esencial pluralismo, como un texto inconcluso, integrado por múltiples relatos y escrito por muchos autores, como "*le t  xte générale*", que abarca todas esas historias, según Barthes.⁶¹ Se trata de un texto esencialmente amplio, cambiante y ambiguo, que no es susceptible de una sola lectura, porque se debe a una multiplicidad de autores preocupados por una vasta pluralidad de temas y que escriben desde distintas perspectivas, y porque está siendo escrito de nuevo en forma permanente. En el estudio de las relaciones internacionales, ello da lugar una agenda sustancialmente ampliada, fluida e integrada, en el sentido de que no obedece a un esquema racional que determina cuales son los actores y temas relevantes y cuales son los aspectos marginales que deben descartarse, sino que permite incorporar al análisis todo proceso que realmente ocurre en el escenario internacional e interconectarlo con los otros. Esto implica, naturalmente, una profunda revisión de la jerarquía propuesta por los neorealistas entre teoría y práctica, paradigma e historia, en el dominio de las relaciones internacionales.

La tendencia de la ciencia moderna -y del pensamiento estructural- apunta a subordinar la práctica a la teoría, la historia a un modelo, que define y delimita un determinado sector de la realidad, determinando lo que es relevante y posible y excluyendo lo que no lo es. Por eso la teoría social moderna se niega a ejercer una función hermenéutica, es *problem-solving*, en el sentido de que contribuye a plantear, analizar y resolver un número de problemas definidos como relevantes a la luz de un modelo previo, más que a identificar los nuevos temas planteados por la evolución de la realidad

⁶⁰R. Ashley, "Living on Border Lines: Man, Poststructuralism, and War", en J. Der Derian y M. J. Schapiro, op., cit., p. 280.

⁶¹Ver R. Barthes, *S/Z*, Nueva York, Hill and Wang, 1974 y, sobre todo, su entrevista con J. Derrida en L. Finas et. al. *Escartes: Quatre Essais    Propos de Jacques Derrida*, Paris, Fayard, 1973.

social o internacional: para ella no hay "nada que descifrar".⁶² Toda perspectiva postestructuralista o crítica tiende, por el contrario, a reconocer la diversidad y fluidez de los asuntos sociales e internacionales y a "ampliar el rango de alternativas posibles enmascarado detrás del orden existente".⁶³ Las perspectivas postestructuralistas invierten la jerarquía entre la práctica y la teoría, entre la historia y los modelos, privilegiando las primeras. Ellas hacen de la historia, la experiencia y la práctica la fuerza central en la vida social e internacional, controvertiendo o desestabilizando la legitimidad de un modelo racional y concluso que establece los límites de lo que es importante y posible en esos campos, e incorporando aquellos elementos aportados por el cambio que se encontraban en los márgenes de dicho modelo. En tal sentido, esta perspectiva sigue una sensibilidad que privilegia lo particular, lo efímero o fortuito, los procesos o eventos específicos y sus agentes o autores y no el sistema en su conjunto, que los hechos particulares pueden iluminar mejor y en forma más flexible que un modelo global, sistémico y concluso. En el mismo sentido el postestructuralismo privilegia el carácter voluntario, histórico y político de los procesos que constituyen la trama de la vida social e internacional en cada etapa en comparación a la importancia asignada a los conceptos generados por los paradigmas racionales.

"La tarea de la teoría social postestructuralista no consiste en imponer una interpretación general, un modelo basado en la soberanía del hombre racional, como guía de la transformación de la vida a escala global. En contraste con la teoría social moderna, el postestructuralismo descarta los grandes diseños, los fundamentos trascendentales, o los proyectos universales de la humanidad. Su tarea crítica, en lugar de eso, es exponer la historicidad -la arbitrariedad, el contenido político, y la dependencia con respecto a la práctica- de los límites que la teoría procura imponer a la historia, inscritos en los paradigmas basados en la soberanía del hombre racional. Más aún, su tarea es llegar

⁶²Pedro Lastra, Noticias del Extranjero, México, Libros del Bicho, 1969.

⁶³R. W. Cox, "Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations' Theory", en R. O. Keohane, Neorealism and its Critics, Columbia University Press, 1976, p. 268.

a comprender las prácticas cognitivas mediante las cuales se imponen esos límites y se inscriben en tales paradigmas, haciendo así posible la resistencia a esas prácticas, la transgresión de esos límites y, con dichas transgresiones, nuevas interconexiones culturales y nuevos modos de ver, interpretar y ser en términos políticos".⁶⁴

El neorrealismo, sobre todo en su versión estructuralista, implica un esfuerzo por contener o delimitar la tendencia hacia la diversificación, la especificidad y el cambio, al cual concibe como el dominio de la anarquía frente al orden o simplemente de la "guerra". Ese es el argumento de la obra original de Kenneth Waltz, *Man, the State and War*.⁶⁵ En esa obra el autor compara las teorías basadas en la "primera imagen", que privilegia al hombre como la fuente de racionalidad en la política internacional, con aquellas basadas en la "segunda imagen" que subrayan el papel de la sociedad nacional y del Estado, y con las que se basan en la "tercera imagen", cuya suposición es que la comunidad internacional es esencialmente anárquica y así abre paso a la competencia, al conflicto y a la "guerra". En este argumento se supone que el hombre proporciona una presencia o identidad racional previa, la única capaz de poner orden a los asuntos humanos y sociales, más allá de lo cual se extiende el reino de la imprevisión, el conflicto y la anarquía. En medio de estos dos extremos está el Estado, instituido precisamente por los hombres para poner el monopolio de la fuerza al servicio de sus proyectos racionales, y para relegar todo lo que no encuadra dentro de esos paradigmas a una zona residual caracterizada por la historicidad, la indeterminación y la anarquía, el "dominio recalcitrante de lo diferente, lo fragmentario y lo fortuito", que debe ser ignorado si no es posible sujetarlo al dominio de un modelo racional con la ayuda del Estado. De esta manera la "tercera imagen" de Waltz es una ventana abierta hacia la nada, o hacia aquellos fenómenos a los cuales, por su falta de sujeción a una racionalidad paradigmática, no se reconoce existencia o no se otorga *status* en la política internacional, un "sistema internacional anárquico

⁶⁴R. Ashley, "Living on Border Lines...", op., cit., p. 284.

⁶⁵K. N. Waltz, *Man, State and War: A Theoretical Analysis*, New York, Columbia University Press, 1959.

situado más allá de las fronteras de los distintos Estados": todo agente que no esté representado por un Estado nacional, todo comportamiento que no obedezca a la decisión de un Estado racional-unitario, todo asunto que no figure en una agenda internacional estrechamente definida de conformidad con ciertos moldes clásicos, toda influencia que no emane de los poderes o alianzas establecidos, o toda vía de comunicación o representación que no transite por los canales diplomáticos formales. Un sistema en que es necesario mantener separaciones tajantes entre la política internacional y la política doméstica, entre la "alta" y la "baja" política exterior, entre las relaciones formales e informales entre las distintas sociedades nacionales, con el objeto de relegar las segundas partes de estas ecuaciones al dominio de lo marginal, de lo irrelevante y de lo anárquico. Categorías y separaciones que una visión postestructuralista de las relaciones internacionales tiende a desdibujar para que se aprecie mejor la historicidad de las relaciones internacionales, la pluralidad de situaciones que éstas presentan, su sujeción al cambio y la relevancia de los temas emergentes.⁶⁶

Un sistema que se concentró en las rivalidades políticas y militares surgidas a lo largo de la historia y descuidó las relaciones de competencia o cooperación en el plano económico, industrial y tecnológico, que tanto han contribuido a definir las características de los distintos períodos y a determinar el auge y decadencia de los protagonistas de cada uno de ellos, como lo recordara una vez más recientemente la difundida obra de Paul Kennedy.⁶⁷ Stephen Gill y David Law en una obra citada anteriormente han comparado el determinismo implícito en el modelo reduccionista de Kenneth Waltz, al negarse a abrir la "caja negra" del Estado, al ignorar la influencia que sus características internas tienen sobre su comportamiento internacional, y al considerarlo constreñido únicamente por la interacción con otros Estados, con la visión marxista según la cual la estructura del capitalismo global determina en última instancia la naturaleza de los Estados, las clases sociales y sus relaciones recíprocas. En ambos casos

⁶⁶Las frases entre comillas están tomadas de R. Ashley, op., cit., pp. 176-177.

⁶⁷P. Kennedy, The Rise and Fall of the Great Powers, Nueva York, Vintage Books, 1987.

los actores o agentes de la vida internacional son reducidos a la condición de portadores o ejecutores de rasgos o de leyes sistémicas. "Por contraste con estas formas de determinismo estructural (sean Waltzianas o Althusserianas), el propósito de este libro -señalan sus autores- apunta a desarrollar una forma de análisis estructural que abra un espacio para el papel de las agencias, las acciones, la conciencia y la adopción de opciones. Incluso si presumimos que los actores están constreñidos por su ubicación estructural (como quiera que ésta sea definida), en todo caso tomarán decisiones, generalmente dentro de un amplio margen de alternativas. En nuestro análisis, la formación de las percepciones y expectativas de estos actores acerca del rango de alternativas disponibles y los costo y beneficios de cada una de ellas es de gran importancia. En último término el problema planteado por la distinción entre la estructura y los agentes de la vida internacional es un problema más práctico que teórico, es decir, un problema que inherentemente supone una análisis histórico". Este es el fondo de la argumentación presentada por estos autores para destacar la importancia de los factores económicos o simplemente no tradicionales en la política mundial. El reconocimiento de la importancia de estos factores o, más bien dicho, de su indisoluble entrelazamiento con los más tradicionales, de la existencia de un verdadero continuo entre unos y otros, constituye tal vez el principal potencial de la visión postmodernista de las relaciones internacionales.⁶⁸

Resulta curioso que este potencial de apertura, de diferenciación y pluralismo que posee una perspectiva postmodernista de las relaciones internacionales, particularmente en lo que respecta a la incorporación de las variables socio-económicas anteriormente mencionadas, haya sido identificada por los buscadores del último grito de la moda con el ensayo de Fukuyama sobre el fin de la historia. Este publicista, lejos de desestructurar o cuestionar siquiera las categorías de análisis heredadas del pasado que impiden apreciar la cambiante realidad internacional contemporánea, inscribe el modelo de las grandes democracias industriales en una monumental visión propagandística en que el triunfo del capitalismo liberal, conquistado sobre las ruinas de los proyectos nacionalistas, socialistas, tercer mundistas y otros, certificaría la muerte de

⁶⁸S. Gill y D. Law, op., cit., pp. 21 y 22.

las ideologías, garantizaría la perdurabilidad de ese modelo y clausuraría definitivamente la historia. Esa aseveración ignora que la crisis y marginalización del tercer mundo primero, y el derrumbe y la transformación de los sistemas socialistas después, en último término fueron el producto de la profunda transformación de las sociedades democráticas e industrializadas, de sus éxitos y de sus fracasos, y de sus sucesivas rectificaciones, en virtud de las cuales su infraestructura económica, tecnológica y política, sus valores y sus formas de convivencia social, han experimentado cambios tan profundos que han permitido pensar en el surgimiento de una era post-moderna, y que ciertamente no han concluido todavía.⁶⁹

Al respecto comparto más la opinión de uno de los medios que acompañaron desde más cerca el desarrollo del capitalismo moderno, y no la de un representante de los recién llegados o conversos, cuyo fanatismo es conocido.⁷⁰ "Aunque los informes sobre la muerte del comunismo pueden ser exagerados, nadie duda de que el monstruo está muriendo. ¿Pero que pasa con el capitalismo, ese hijo del siglo XVIII occidental, que parece aún lleno de vida? Como el único sistema económico y social que hoy se nos ofrece su salud puede determinar el futuro de nuestra civilización". Después de enumerar los logros del capitalismo dicho análisis señala sus limitaciones. Ante todo, la insuficiencia de la mano invisible del mercado. "Crear las condiciones macroeconómicas para un progreso material sostenido es tarea de los gobiernos. Incluso a nivel de la firma individual algunos tipos de capitalismo funcionan mejor que otros. La calidad de la gestión importa; también la calidad de los equipos, la capacidad de innovación y las características de la propiedad, aunque con frecuencia esto último se ignore. Todos estos factores ayudan a explicar por qué en el capitalismo el liderazgo cambia tanto: por qué el Japón llegó a

⁶⁹Francis Fukuyama, ex analista de la Rand Corporation y actualmente Subdirector de Planificación de Política Exterior del Departamento de Estado de los Estados Unidos, publicó un artículo sobre este tema en *The National Interest*, verano de 1988. La crítica a la clausura de la historia en Fukuyama, así como una ampliación sustancial de las perspectivas abiertas por el post-estructuralismo en el análisis de relaciones internacionales, se incluirá en una obra más extensa de próxima aparición sobre esta problemática.

⁷⁰Ver *The Economist*, "Capitalism's Visible Hand", 19 de mayo 1990, de donde están tomadas las citas que siguen.

convertirse de un basurero nuclear en una meca manufacturera en sólo dos generaciones mientras que la Argentina pasó de ser la quinta economía más rica del mundo en 1900 a la número 36 hoy día". Pero el capitalismo presenta además una "mano visible" que produce graves externalidades específicas: una es el deterioro del medio ambiente y de los recursos naturales; otra está representada por los crecientes grupos de parias o intocables que generan las sociedades avanzadas; la tercera se refiere al crecimiento del Estado y del gasto público, que en las siete mayores economías de la OECD pasó del 29% del PIB en 1960 al 39% hoy día, con el consiguiente recalentamiento económico y social inducido por las altas tasas de endeudamiento, interés, impuestos e inflación y con el surgimiento de una sociedad corporativa compuesta por múltiples grupos de presión que compiten por los privilegios o subsidios del Estado, dando lugar a una pugna distributiva que termina por interrumpir el crecimiento de los países líderes.⁷¹

Hace casi veinte años Umberto Eco, un humanista sumergido a la vez en la prospectiva y en la historia, y no un fabricante de futuros mandados hacer por sus promotores, anticipó estas externalidades en forma más amplia e imaginativa al predecir que la crisis de la edad moderna conduciría a un nuevo medioevo. Entre los síntomas de esta tendencia, y las analogías entre esas dos épocas, el autor señala la feudalización o fragmentación de la sociedad civil, la vietnamización política o comercial del territorio, el deterioro ecológico, el nomadismo o las migraciones, la *insecuritas*, el terrorismo y la violencia, los vagantes o multitudes marginales, el arte como "bricolage" o creación espontánea y colectiva, y los monasterios, agrupaciones y corrientes espirituales liberadoras y privadas. Una visión que difiere de las de Fukuyama en todos los sentidos y que en muchos se parece más a los hechos que realmente presenciamos.⁷²

⁷¹Sobre esta crítica lúcida, equidistante de la visión propagandística mencionada más arriba, ver las obras de Mancur Olson, The Logic of Collective Action, Harvard University Press, 1965 y The Rise and Decline of Nations: Economic Growth, Taxation and Social Rigidities, Yale University Press, 1982; Lester C. Thurow, The Zero-Sum Society: Distribution and the Possibilities for Economic Changes, Basic Books, 1980, y The Zero-Sum Solution, Simon and Schuster, 1985; y Paul Kennedy, The Rise and Fall of the Great Powers, op., cit., 1987.

⁷²Ver U. Eco, Il Medioevo Prossimo Futuro y, con otros autores, Documenti su il Nuovo Medioevo, Milan, Ed. Valentino Bionpanti, 1973.

Y más recientemente un grupo de empresarios, que supuestamente están más interesados en vender esa profecía, rechazó la tesis del fin de la historia de Francis Fukuyama. "Lo que ha terminado es una fase de la historia pero comienza otra. Y la que ahora empieza es precisamente una en que el símbolo es el *management*". Se trataría de una época en que cobrarán primacía los acontecimientos humanos. En que se podrá conjugar técnica y humanismo, cultura y eficiencia, los logros económicos y la realización humana. Para ellos captar ese "humanismo empresarial significa comprender el mundo en que vivimos. La época que ahora concluye es la era industrial o moderna y la que comienza es otra postindustrial o postmoderna: un regreso a ese mundo de la vida corriente que hasta ahora había quedado sumergido. El mundo de lo radicalmente humano, de la solidaridad primaria, el cañamazo de las relaciones vitales. Allí donde el hombre es sólo hombre, no mercancía ni súbdito, no objeto de compra-venta ni de reglamentación, el lugar de lo insustituible y lo entrañable" que es de la esencia del sujeto como creador libre de la historia.⁷³

El proceso de desconstrucción de categorías anticuadas propiciado por la epistemología del postmodernismo tiende, contrariamente a las visiones apologéticas y escatológicas como las de Fukuyama, a rescatar el fundamento humano y a enfatizar la historicidad de los asuntos internacionales, a ampliar su agenda y a subrayar la diversidad de actores, problemas y elementos que intervienen en dicho escenario.

"Emergen en él nuevos centros de poder mundial. El Estado asume un número cada vez mayor de compromisos cuya satisfacción, en muchos casos, depende de sus relaciones internas. Se crecienta la inter-penetración entre las diversas sociedades nacionales. La agenda internacional se vuelve menos jerarquizada y más compleja. El Estado deja de monopolizar el manejo de las relaciones internas y nuevos agentes comienzan a poner en juego recursos de poder no tradicionales, actuando en una variedad de arenas mucho más numerosas, cambiantes y entrelazadas que antes. Estos elemen-

⁷³Tomado de la ponencia de Alejandro Llano, Vicepresidente del Seminario Permanente sobre Empresa y Humanismo, de España, según El Mercurio, 17 de junio de 1990.

tos permiten reconstruir la estructura y el funcionamiento de numerosos "ámbitos", "juegos" o "circuitos", que operan en torno a la agenda, los agentes, los recursos y las arenas señaladas más arriba, y que vinculan de múltiples maneras a las distintas sociedades nacionales en función de intereses específicos. Desde esta perspectiva, sería posible posturar el surgimiento de ámbitos transnacionalizados en el campo energético, alimentario, industrial, tecnológico, financiero, estratégico, ideológico y cultural dotados de un considerado librado de especificidad propia".⁷⁴

Esta tendencia hacia la fragmentación de la política mundial, la diversificación de la agenda internacional y la incorporación a ella de numerosos temas dotados de una gravitación propia, que antes no formaban parte de la "alta política", implican el fin del mundo jerarquizado de Estados monolíticos exclusivamente ocupados de garantizar su seguridad mediante la acumulación y el uso de recursos de poder que defendió la teoría clásica.

La política internacional después del muro

"Entre todos los lugares, fue en el dividido Berlín de una Alemania dividida, dentro de una Europa igualmente dividida, donde comenzó la guerra fría y la contienda entre el Este y el Oeste. Cautelosamente en Polonia y en Hungría, y después en forma jubilosa en Europa del Este (en Checoslovaquia, Bulgaria y Rumania), el poder del pueblo ha reemplazado al de los comunistas y ha conquistado victorias memorables, entre las cuales ciertamente no es pequeña la ruptura del muro de Berlín, ese temido símbolo de la división de Europa. Si la revolución europea de 1989 continua su marcha pacífica, reformará algo más que el derruido edificio comunista de la Europa del Este, hasta transformar toda la estructura de Europa (y del mundo) en la postguerra".⁷⁵ La ruptura del

⁷⁴L. Tomassini (editor), Transnacionalización y Desarrollo Nacional en América Latina, Buenos Aires, GEL, 1984, p. 27.

⁷⁵"Beyond the Wall", The Economist, 18 de noviembre de 1989 (las frases entre paréntesis son mías).

muro de Berlín simboliza el final de la guerra fría. Pero éste entraña a su vez la disolución del "principio ordenador" que presidió la estructura internacional de la postguerra,⁷⁶ lo cual revela un realineamiento de los principales actores que configuraron aquella estructura y protagonizaron el juego de las relaciones internacionales dentro de ella, realineamiento que no se debió a un cambio en la distribución de los recursos de poder entre dichos actores, como supone la teoría clásica, sino a la emergencia de otros factores a los que ésta no asignó suficiente peso en la política internacional.

"Durante más de cuarenta años la política exterior de los Estados Unidos ha estado dominada por su conflicto con la Unión Soviética -señala un influyente analista de estos temas-. La estrategia de contención diseñada por George F. Kennan en 1946-1947 y aplicada por todas las administraciones norteamericanas desde entonces, de una manera que muchas veces hubieran disgustado a Kennan, puede no haber representado un marco adecuado todo el tiempo. La Unión Soviética encontró en ocasiones la manera de traspasar las barreras que trataron de construir los Estados Unidos alrededor del imperio soviético mediante alianzas y bases militares. Más aún, la política de contención no fue capaz de suministrar una guía clara para abordar un conjunto de conflictos regionales o internacionales que surgieron durante ese período, especialmente en el mundo en desarrollo. Sin embargo, la contención probó ser un concepto extraordinariamente persistente. Fue suficientemente flexible para inspirar políticas tan diversas como la estrategia original de confrontación y construcción de alianzas, la política de la *détente* de comienzos de los años 1970, y algunos intentos ocasionales para hacer retroceder las posiciones soviéticas, incluyendo la doctrina Reagan. Los portentosos cambios de los últimos tres años han hecho más que ninguna otra tendencia o evento desde 1947 para privar a la política exterior de los Estados Unidos de su abrumador fundamento. A pesar de la defeción de China, Moscú continuó siendo el centro de un

⁷⁶Para usar el concepto empleado por K. Waltz, Theory of International Relations, op., cit., especialmente en el capítulo V.

poderoso imperio. Hoy día ese imperio está en profundas dificultades, China parece el más represivo y cruel de los dos gigantes comunistas, y Mijail Gorbachov ha avanzado asombrosamente hacia el cumplimiento de la profecía de Gyorgy Arbatov, el Director del Instituto de Asuntos Norteamericanos y Canadienses de Moscú, quien predijo que el nuevo liderazgo soviético privaría a los Estados Unidos de su principal enemigo".⁷⁷

Conviene invocar por último otro testimonio proveniente de una fuente muy autorizada. "El período de postguerra entró en colapso en 1989. Al iniciarse ese año, las relaciones entre los países eran esencialmente similares a lo que habían sido durante los cuarenta años anteriores: una Europa dividida, una Unión Soviética que mantenía un imperio en la Europa del Este por medio de la fuerza, y unos Estados Unidos que habían asumido las responsabilidades de un super poder *vis-à-vis* sus aliados en la OTAN y en Asia. Al final de ese año los países de Europa del Este parecían haberse liberado de la presión de la doctrina Breszhnev (aunque las tropas soviéticas aún permanecían allí). Los gobiernos comunistas establecidos en ellos y mantenidos por la fuerza se habían derrumbado. La división de Europa había sido simbólicamente superada por el colapso del muro de Berlín y, literalmente, por la progresiva apertura de las fronteras de Hungría y Checoslovaquia con Austria y de Polonia y Alemania del Este con Alemania Occidental. Entre tanto, la declinación relativa del poderío económico de los Estados Unidos, la creciente presión de sus déficit comerciales y fiscales, y la aparente atenuación de la amenaza militar soviética, habían determinado que las responsabilidades de los Estados Unidos como super potencia y su gasto militar para la defensa de Europa parecieran menos necesarios y más difíciles de justificar o financiar. La guerra fría se encuentra superada, o casi. La era de postguerra ha terminado, absolutamente. Las estructuras a través de las cuales los asuntos internacionales se han manejado durante los últimos cuarenta años han sido sacudidas hasta sus cimientos. Ha llegado una época de reconstrucción".⁷⁸

⁷⁷ Stanley Hoffmann, "What Should We Do in the World?", en The Atlantic Monthly, octubre de 1989, pp. 84 y 85.

⁷⁸ Jane J. Kirkpatrick, "Beyond the Cold War", en Foreign Affairs, America and the World, 1989-90, pp. 1 y 2.

Pero el fin de la guerra fría y del mundo de postguerra no se generaron por casualidad o por desgaste, y ni siquiera como consecuencia de políticas, negociaciones o procesos que tuvieran directamente que ver con el conflicto Este-Oeste, sino como consecuencia de importantísimos procesos paralelos, que condujeron indirectamente a ese resultado, entre los cuales se cuenta la gradual declinación del poderío de los Estados Unidos frente a sus socios y aliados, las reformas al interior de la Unión Soviética y el proceso de democratización en los países de Europa del Este, el programa tendiente al perfeccionamiento de la integración económica y política de Europa Occidental, y la incontenible tendencia hacia la unificación de las dos Alemanias. Probablemente entre estos procesos el que ha tenido un mayor impacto causal en las demás transformaciones señaladas es la evolución, logros y crisis de las grandes democracias industriales a través del efecto de demostración que este proceso tuvo en los países del eje destruidos por la guerra, en un comienzo, y en los de la esfera socialista, finalmente, pasando por su impacto sobre el tercer mundo entre los años 60 y 80. El hecho de que ese impacto no está ligado al triunfo de un sistema capitalista idealizado y convertido en un paradigma definitivo construido sobre las ruinas de todos los modelos opcionales, que cancela la historia, sino más bien a su transformación, crisis y alternativas, ya fue planteado anteriormente al comentar la difundida propuesta apologética de Francis Fukuyama.⁷⁹

Las referencias anteriores, tomadas respectivamente de una influyente publicación periódica, de uno de los más agudos entre los analistas clásicos de las relaciones internacionales y de una de las personas que ha tenido un rol más activo en la política global norteamericana en los últimos diez años, tienen por objeto introducirnos a los cambios que ha ocurrido en el mundo real de la política internacional durante ese período y calibrar su importancia, apelando al criterio de observadores extremadamente autorizados, a fin de ilustrar en qué medida la comprensión de estas nuevas realidades exigen nuevos mapas cognitivos. Estas nuevas realidades incluyen una sustancial atenuación del conflicto Este-Oeste y, por ende, de la gravita-

⁷⁹Ver F. Fukuyama, *op.,cit.* y las obras de M. Olson, L. Brown y P. Kennedy, también citadas, como exponentes de una crítica interna al desarrollo de las democracias industriales.

ción de los problema estratégicos mundiales, de la presencia militar de las grandes potencias y del gasto global en armamentos; profundas transformaciones al interior de los principales polos de la política mundial y, por lo tanto, en sus relaciones recíprocas, como en el caso de los Estados Unidos, de la Comunidad Europea, de la Unión Soviética y su antigua esfera de influencia, en el Japón, su papel global y su campo de irradiación asiática, e incluso en la posición del Tercer Mundo; la consolidación de un sistema internacional más fragmentado, fluido e interdependiente, integrado por una pluralidad de temas, actores y ámbitos de interacción mucho más numerosos y profundamente diferentes de aquellos que dominaron el escenario internacional en el pasado y, sobre todo, el ascenso a una posición protagónica de un conjunto de factores económicos, tecnológicos, intelectuales, sociales o simplemente humanos que prácticamente no habían sido considerados por la teoría clásica como otros tantos factores de poder.⁸⁰

Lo que interesa desde el punto de vista de la cuestión planteada en este ensayo -la insuficiencia de la escuela realista o neorrealista para explicar la realidad internacional contemporánea o *mutatis mutandi* la necesidad de nuevos mapas cognitivos para comprenderla- es darse cuenta de que los cuatro niveles propuestos más arriba han tenido una importancia no solamente explicativa sino aún causal diametralmente opuesta a la que le asignaría la escuela clásica.

⁸⁰Esta sección final de un ensayo esencialmente teórico no pretende resumir acuciosamente los principales cambios ocurridos en el mundo real de la política internacional que explican la necesidad de contar con nuevos mapas cognitivos, sino solamente ilustrar la existencia de esos cambios, los que serán abordados en forma más precisa en una obra más extensa, de próxima aparición, a que se hacía referencia más arriba. Un importante análisis de los cambios ocurridos en el escenario internacional, principalmente en los grandes centros de poder mundial, efectuada desde una perspectiva latinoamericana, se encuentra en C. Portales, (editor), Un Mundo en Transición y América Latina, Buenos Aires, GEL, 1989, que constituyó el informe anual del RIAL correspondiente a ese período. Para un resumen, ver L. Tomassini, Teoría y Práctica de la Política Internacional, op., cit., 1989, Capítulo I. Otra visión de conjunto, que sintetiza los resultados de algunos de los trabajos organizados por el RIAL, está contenida en la revista Pensamiento Iberoamericano, número 13, enero-junio de 1988, edición preparada conjuntamente por el ICI, la CEPAL y el RIAL.

Estos niveles consistían, en primer lugar, en el conflicto de poder Este-Oeste; segundo, en la posición relativa de los grandes centros de poder mundial; tercero, en el surgimiento de un mundo más fragmentado e interdependiente que tiende, si no a diluir, por los menos a restringir la capacidad de esas grandes potencias al involucrarlas en un creciente número de juegos internacionales de inciertos resultados y, por último, en el paso a primera fila de un conjunto de factores humanos que anteriormente no había sido considerado dentro del repertorio clásico de los recursos de poder. Ningún estudioso de las relaciones internacionales podría dejar de percibir la jerarquización que la escuela clásica habría establecido entre esos cuatro planos, y tampoco dejar de reconocer la jerarquía que de hecho se estableció entre ellos en el mundo de postguerra, ya sea clasificando temáticamente los volúmenes que ocupan las bibliotecas dedicadas a esta disciplina o contabilizando las políticas y acciones emprendidas por los Estados bajo la inspiración de esa doctrina. Sin embargo, desde un punto de vista postestructuralista, más pluralista y más abierto, la gravitación o influencia relativa de esos cuatro planos es completamente inversa: los factores fragmentarios, fortuitos o de base que han emergido tan poderosamente en la política internacional han determinado el surgimiento de un mundo más fluido e interdependiente, lo que a su vez ha dado origen a un realineamiento de fuerzas entre las grandes potencias, realineamiento que afectó profundamente el conflicto Este-Oeste, y puso fin tanto a la guerra fría como al mundo de postguerra, final simbolizado por la apertura del muro de Berlín.

"La teoría tradicional de las relaciones internacionales que los profesores han enseñado a sus estudiantes, y que los estadistas han puesto en práctica, trata la política internacional como si fuera un juego exclusivamente estratégico y diplomático entre los Estados como el que se jugaba en los tiempos de Tucídides o en el siglo XVIII. Pero la realidad fundamental del período posterior a 1945 es que los Estados interactúan en dos arenas diferentes. La primera es la arena estratégica y diplomática tradicional, en donde no existe un amplio consenso internacional, y en la cual el poder tiende a ser utilizado en la forma en que siempre lo ha sido, es decir, como una confrontación en que las ganancias de uno implican necesariamente pérdidas para otros. La

segunda es la arena económica, en que se desarrolla una gran variedad de juegos -sobre comercio, finanzas, energía, materias primas, el medio ambiente, (tecnología, narcotráfico, migraciones) y otros temas- y en que la mayoría de los países, pero no todos ellos al mismo tiempo, están estrechamente vinculados; en estos ámbitos dichos países son interdependientes, en el sentido de que incluso los más poderosos y menos vulnerables están afectados por lo que ocurre en algunos de esos juegos".⁸¹

Naturalmente, este segundo plano descubierto por Hoffmann envuelve mucho más que los intereses económicos, expresión que desde un punto de vista postestructuralista es empleada por ese autor en forma simbólica para indicar todo un conjunto de factores no vinculados con el interés nacional de los Estados, definido desde una visión tradicional, con la "alta" política internacional, o con la política del poder y la seguridad en torno a los cuales pretendió girar durante tanto tiempo la política mundial.

Parecería apropiado avalar esta afirmación, y concluir esta sección puramente ilustrativa de cómo los acontecimientos mundiales más recientes no pueden ser explicados ni encuentran lugar dentro de la teoría clásica y, por lo tanto, para ser comprendidos necesitan nuevos mapas cognitivos, con una referencia a los sucesos que probablemente más han conmovido al mundo desde 1947 o 1917: el inicio y el arduo, porfiado y sorprendente avance de la Perestroika, los súbitos movimientos de democratización en la Europa del Este, y el comienzo de la desintegración del imperio soviético y de la reunificación de las dos Alemanias. Y conviene poner este ejemplo porque en la breve exposición precedente estos eventos estelares fueron interpretados, en forma más o menos explícita o implícita, no como acontecimientos sorprendentes y autónomos sino como consecuencia de las transformaciones de largo plazo registradas en los grandes centros del poder mundial, en su base social, tecnológica y cultural, y en el plano de sus relaciones recíprocas, así como también de la irradiación de esas transformaciones hacia sociedades o segmentos situados en las

⁸¹ Stanley Hoffmann, "What Should We Do in the World?", op., cit., p. 86.

La frase entre paréntesis es mía.

fronteras, el margen o la periferia de la política mundial (a los cuales debe prestarse especial atención dentro de una visión postmodernista). Una confirmación más del corolario a que conduce el análisis postestructuralista, que tiende a negar la aguda diferenciación entre la "alta" y "baja" política internacional así como también entre la política doméstica y la política mundial, establecida por la escuela clásica.

Y se justifica también concluir con este ejemplo pues, así como estos cambios estelares son la consecuencia de factores más profundos y de más largo plazo, son a su vez parte y serán causa de ajustes estructurales más amplios en el sistema internacional contemporáneo, ajustes que afectan no sólo a la "base" del sistema, que es lo que en este ensayo se considera lo más importante, sino también a sus coordenadas clásicas: la disolución del imperio soviético, y la atenuación de la línea dura de su principal adversario, incluyendo su rol de potencia hegemónica; el consiguiente debilitamiento o término de la guerra fría; el posible renacimiento de una Europa unida, basada en el nuevo anhelo soviético de contribuir a la construcción de una "casa común europea", y en la inexorable perspectiva de una reunificación alemana; el inevitable declinio de la posición de los Estados Unidos en Europa, el escenario inicial desde el cual este gran país se vio obligado a asumir un papel global después de la segunda guerra mundial, y su trinchera natural dentro de una política de contención al expansionismo soviético; y la revisión, en fin, de la posición relativa de los demás actores, grandes y pequeños, de la política internacional, como el Japón y su creciente esfera de influencia en el ámbito global y regional; los países de desarrollo intermedio o en reciente pero acelerado proceso de industrialización (los NIC's), o el Tercer Mundo en general, como resultado, por una parte, de la creciente concentración del dinamismo internacional en los grandes países industrializados y, por la otra, de la intensa transferencia de intereses, vinculaciones y recursos hacia el nuevo polo de atención mundial -Europa del Este- constituido por el deshielo del imperio soviético y el resurgimiento de una gran Europa a que estos eventos estelares están dando lugar.

En relación con uno de los postulados centrales de la visión postestructuralista, en el sentido de que las principales fuentes de la política internacional no están situadas en la cúpula Estado-céntrica del sistema, actuando como ejecutora y garante del desarrollo de un paradigma racional en la historia,

sino en la cambiante y pluralista corriente de inspiraciones, acontecimientos y decisiones que brota de la base, un historiador inglés comparaba recientemente este último proceso con la revolución francesa y las revoluciones europeas de 1848. La comparación es valedera en dos sentidos: no sólo en el sentido de que esos movimientos se originaron en la base -sobre todo en el caso de la revolución francesa en la medida en que ésta iba sobrepasando etapas- sino también, y muy especialmente, en el de que ellos representaron una revuelta triunfante de los elementos de transformación de la sociedad y de las ideas contra los poderes establecidos. "La historia interna de estas revoluciones es la de un conjunto de ideas cuya hora había llegado y la de otras cuya hora había pasado". Lo sorprendente es que las verdaderas fuentes de los cambios recientes, hasta hace muy poco tiempo inconcebibles, fueron organizaciones de base no reconocidas por los sistemas políticos vigentes, como el movimiento sindical de Solidaridad en Polonia, los agentes que promovieron la renovación económica en Hungría, las visitas del Papa a su país natal y su encuentro reciente con el líder soviético, o la labor de intelectuales como el dramaturgo Havel en Checoslovaquia, el editor católico Mazowiecki o el pintor Bohley en Berlín, los filósofos Milkostamas y Hanoskis en Budapest, o el profesor Roman y el poeta Dinescu en Bucarest. Las multitudes reunidas en la Plaza Wenceslao avivaban a los estudiantes, los intelectuales y los actores, y la inspiración sociológica y cultural de los candidatos, partidos y foros alternativos de los países de Europa del Este (el Nuevo Foro, el Foro Democrático, el Foro Cívico) eran intelectualmente comparables a la del Parlamento de Frankfurt o a la del Congreso Eslavo de Praga en 1948.⁸²

"El hombre no es Dios. Si aspira a su trono será cruelmente castigado. Ha abolido el horizonte infinito con el que se relacionaba y ha rechazado su experiencia personal del mundo, ha relegado tanto su conciencia psicológica como su conciencia moral al fuero de su intimidad, como valores puramente privados que no conciernen a nadie. Se ha sustraído su responsabilidad

⁸²Ver el análisis del historiador inglés Timothy G. Ash, ganador del Premio Europeo del Ensayo 1989 titulado "Europa Central: el Año de la Verdad", y reproducido en El Mercurio, Santiago, 8 de abril de 1990.

calificándola de ilusión de la subjetividad, y todo eso lo ha sustituido por lo que hoy parece la ilusión más peligrosa, la ilusión de una objetividad separada de la humanidad concreta, la hipótesis de que es posible una comprensión racional del universo, la visión abstracta de una pretendida necesidad histórica... El sistema, la ideología y el aparato han expropiado a gobernantes y gobernados. Han despojado a los hombres de su conciencia, de su comprensión y de su lenguaje natural y, en consecuencia, de su humanidad concreta, transformándolos en conjuntos estadísticos de directores, de productores, de consumidores, de enfermos, de turistas o de militares"⁸³

Resulta útil un comentario adicional que ilustra muy bien una de las alternativas deliberadamente no resueltas o abiertas dentro de una visión postestructuralista de las relaciones internacionales: el papel de los grandes proyectos o paradigmas *vis-à-vis* el de las personalidades, eventos o situaciones concretas en la vida internacional. Dentro de un mismo número de *Foreign Affairs* una autora sostiene que los cambios desatados en Europa del Este se deben exclusivamente a la iniciativa de una sola persona, y que "contrariando las leyes históricas, la Unión Soviética fue fundada sobre la decisión de un hombre individual, y está siendo reestructurada por la decisión de otro", mientras que otro colaborador destaca las tendencias y situaciones globales que hicieron necesario emprender esas reformas declarando que "por ello Gorbachov no fue un fortuito *deus ex machina*".⁸⁴ Una demostración más de que en las ciencias sociales, y muy particularmente en el estudio de las relaciones internacionales, las explicaciones excesivamente racionales, dicotómicas o reduccionistas propias del pensamiento logocéntrico moderno son insuficientes, y de que es necesario desarrollar perspectivas epistemológicas que

⁸³Tomados del discurso de Vaclav Havel con ocasión de la recepción del título de Doctor Honoris Causa otorgado por la Universidad de Tolouse le Mirail.

⁸⁴Opiniones de J. Kirkpatrick, "Beyond the Cold War", op., cit., y de N. Howard, "The Springtime of Nations", respectivamente, en Foreign Affairs, *America and the World 1989-1990*, pp. 3 y 19.

permitan explicar una variedad de situaciones, comprender el cambio y conciliar contradicciones.

La cuestión relativa al papel del liderazgo frente a las circunstancias en la historia, y particularmente en las relaciones internacionales, va asociado a la percepción del heroísmo, los proyectos mesiánicos y las grandes utopías desde una perspectiva postmoderna. "Cuando se plantea la cuestión del sentido de la ética en una sociedad pluralista parece entenderse que entre las convicciones y las libertades existe una cierta incompatibilidad. Dicho de otra manera: sociedad abierta y heroísmo son dos enemigos irreconciliables. Este es el caso cuando por heroísmo se entiende aquella resolución extraordinaria que la vida exige en contadas ocasiones, un *pathos* rayano en el fanatismo, o las tragedias de las que afortunadamente nos protege la civilización contemporánea".⁸⁵ En la primera sección señalábamos que el cuestionamiento de la visión racionalista de la modernidad es particularmente importante dentro de América Latina. Las restricciones impuestas por el carácter sintético y preliminar de estas reflexiones, frente a un tema tan vasto como es el del cuestionamiento de la teoría social y de las visiones de las relaciones internacionales de carácter convencional desde una perspectiva postmoderna, excluyen la posibilidad de ahondar la pertinencia de este cuestionamiento para la realidad latinoamericana. Sin embargo, en los últimos años se han generado numerosos aportes al respecto. "¿Desde dónde nos toca reflexionar a los latinoamericanos sobre esta crisis de la modernidad y las ofertas postmodernas?; ¿cómo participamos en esa discusión y cómo nos afecta?; ¿cómo planteamos nosotros (si podemos) nuestras propias preguntas y respuestas?"⁸⁶ Según uno de los autores de la obra de cuya introducción proviene esta cita, entre las propuestas o percepciones que intentan buscar salidas a la crisis del paradigma de la modernización en América Latina cabría mencionar la revalorización de la democracia, tanto por su valor intrínseco como porque constituye el marco indispensable para conjugar dinámicamente la pluralidad de

⁸⁵D. Innerarity, "La Nueva Tarea del Héroe", El Mercurio, 24 de septiembre de 1989.

⁸⁶Tomado de la introducción a la interesante recopilación de S. Calderón a Imágenes Desconocidas: La modernidad en la Encrucijada Postmoderna, Buenos Aires, FLACSO, 1989.

intereses y demandas sociales que han emergido en nuestros países; la reorientación de la planificación para adecuarla a percepciones más acordes con los nuevos escenarios de crisis, complejidad y cambio social, relativizando los paradigmas mecanicistas del pasado y trabajando con niveles crecientes de indeterminación respecto del futuro; metas abiertas, mayores grados de incertidumbre, interacciones múltiples y nuevas formas de coordinación entre los diversos agentes e iniciativas sociales; la revalorización de los movimientos sociales por sobre los partidos políticos en cuanto actores protagónicos en la rearticulación entre la sociedad civil y el Estado, y la consiguiente emergencia de nuevos movimientos sociales, organizaciones de base o iniciativas populares, a lo cual debe agregarse el énfasis en los aspectos culturales del desarrollo y la confianza en la creatividad a nivel de base.⁸⁷

Entre los signos recientes del abandono de los grandes mitos del pasado y de la búsqueda de un mayor pragmatismo, moderación y pluralismo en América Latina cabe señalar el debilitamiento de las imágenes vinculadas con el sistema interamericano, la integración latinoamericana o el diálogo Norte-Sur, y su reemplazo por soluciones nacionales o locales y por una mayor fragmentación del escenario regional; el retorno a la democracia en los países sudamericanos que hasta hace poco vivieron bajo regímenes autoritarios; el reconocimiento de la importancia de recuperar y mantener los equilibrios macroeconómicos en Bolivia, Chile, México y otros países de la región en los últimos años; la revalorización de la estabilidad y de la convergencia, tanto en el plano político como en el económico, frente a la tradicional preferencia por los grandes proyectos de ingeniería social, el enfrentamiento ideológico o las soluciones unidireccionales e incluso revolucionarias; la importancia asignada a los organismos que integran la sociedad civil, el sector informal y las iniciativas de dimensiones pequeñas o medianas; el énfasis de los últimos estudios de la CEPAL en la transformación productiva y el cambio tecnológico, en reemplazo de los temas que hasta ahora habían dominado el análisis de las relaciones Norte-Sur, y su

⁸⁷Síntesis casi textual de una parte del trabajo de M. Hopenhaym, *El Debate Postmoderno y la Dimensión Cultural del Desarrollo*, en *Imágenes Desconocidas*, op., cit., pp. 66 y 67.

acogida por parte de sus gobiernos miembros;⁸⁸ el carácter político y económicamente atípico del liderazgo ejercido en la actualidad por los presidentes de Argentina y Brasil, y el hecho de que la última contienda electoral en el Perú se haya resuelto entre un escritor y un profesor universitario de espaldas a los liderazgos políticos tradicionales, y el triunfo -contra un horizonte no exento de nubes- de Violeta Chamorro en Nicaragua, junto a otros cuyo enunciado podría multiplicarse si no fuera por los límites impuestos a este ensayo.

Un fenómeno que por su heroico anacronismo sirve para subrayar por contraste esta tendencia es el de Cuba. Para justificar el aislamiento en que quedó la isla después de la transformación del socialismo en el resto del mundo Fidel Castro, en sus últimos discursos, ha reivindicado el sentido heroico de la política. "Algunos tontuelos se han llenado la boca de basura -no voy a decir de aire- para declarar que ya pasó la etapa heroica... La bandera del heroísmo es nuestra arma. ¡Eso es lo que hace temblar a todo el mundo!". Para aislarse de los cambios, las demandas y las voces generadas en la base el dirigente cubano trata de restaurar la magia de los grandes proyectos del pasado. "El líder fracasado -señala recientemente un analista- apela a las grandes ideas, a la confusión entre retórica y política, y al sentimiento religioso. Mientras más arrinconado está más mesiánico se vuelve. De esta forma han nacido los grandes credos espirituales y de esta forma, también, se hunden las doctrinas sociales extremistas. Lo que sirve para fortalecer el alma no ayuda al elemental deber de alimentar al pueblo. Concebir el gobierno civil como una batalla heroica, como una misión redentora, suena bien pero termina mal".⁸⁹

Y generalizando más este sentimiento, desde ese punto de observación equidistante de los grandes proyectos petroleros de los últimos decenios y de la alucinante irrupción del terrorismo y el narcotráfico en la política mundial, un columnista venezolano da la bienvenida al advenimiento de una

⁸⁸Ver CEPAL, Transformación Productiva con Equidad, documento presentado al XXIII Período de Sesiones de la Comisión en Caracas, Venezuela, en mayo de 1990.

⁸⁹H. Balic, "Fidel: El Sentido Heroico de la Política", Santiago, Mundo, mayo de 1990.

época mediocre. "Hay signos que parecen indicar que la humanidad se encamina poco a poco hacia una etapa de pacífica mediocridad, en cierto modo, de reposo. Ya la gente no quiere ni gobernantes geniales, audaces caudillos llenos de imaginación, ni soñadores apresurados. Lo que desea es que la dejen en paz. Todo las encuestas hechas entre los jóvenes en países desarrollados muestran su indiferencia ante las ideologías, los partidos, las grandes empresas de la misión humana, el sacrificio de la vida en aras de una trascendente concepción del mundo. Aunque sea paradójico, incluso los habitantes de los países del tercer mundo, tan lejanos de las más mínimas satisfacciones, están demostrando también el deseo de caminar en paz y de ir resolviendo los problemas que los agobian sin tener que recurrir al derramamiento de sangre y de lágrimas que ha caracterizado su lucha por avanzar y que, por lo demás, tan inútil ha sido".⁹⁰ Contrapunto entre heroísmo y mediocridad, entre los grandes relatos y las circunstancias fortuitas y fragmentarias de la vida, entre los proyectos universales y la aceptación del pluralismo. Este es el contrapunto que enmarca la evolución actual de las relaciones internacionales.

⁹⁰P. Berroeta, "Los Felices Tiempos Mediocres", en El Nacional, Caracas, 6 de mayo de 1990.